

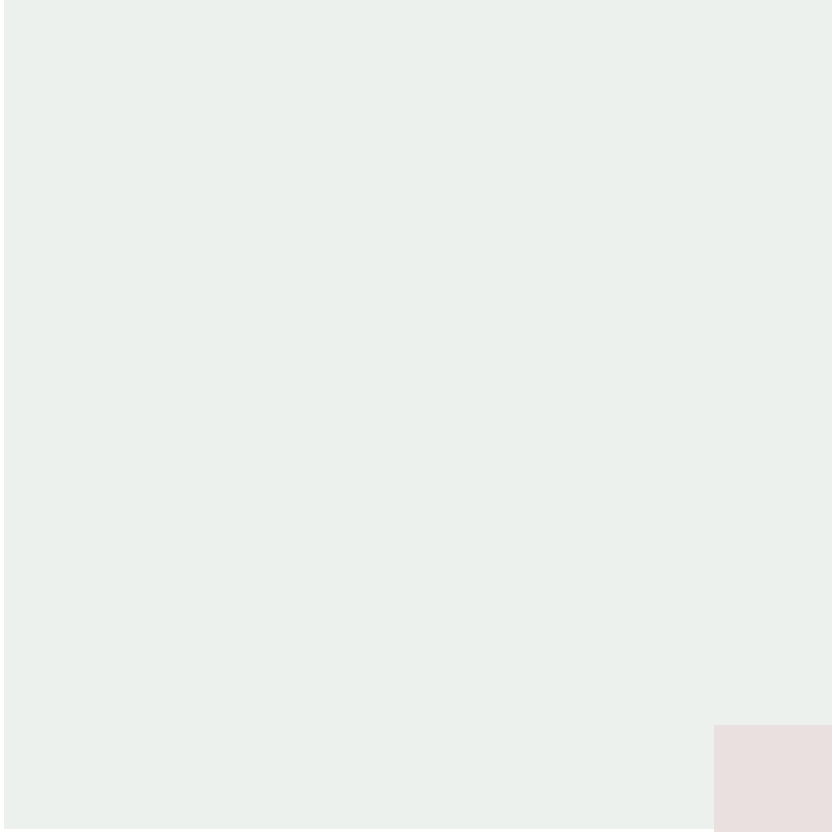


Sección 4

Género, conflicto armado y búsqueda de la paz



UNA MUJER RESCATA
SUS PERTENENCIAS
DE LAS RUINAS DE SU CASA
DESTRUIDA DURANTE
EL CONFLICTO. GROZNY
(REPÚBLICA DE CHECHENIA,
FEDERACIÓN DE RUSIA).



Algunos de los conflictos armados y situaciones de profunda violencia que proliferaron de manera inesperada después del final de la Guerra Fría han cesado en los diez años transcurridos desde 1995, pero otros continúan siendo igual de brutales. A estos se agregan los actos de intervención militar multilateral habidos bajo el liderazgo de los Estados Unidos de América, los cuales, desde el 11 de septiembre de 2001, han sido justificados dentro del marco de referencia de una “guerra contra el terrorismo” a nivel mundial. Estos nuevos tipos de guerra, menos relacionados con las confrontaciones formales en el campo de batalla que con el quebrantamiento del orden, de los sistemas de bienestar y de las normas sociales, han tenido repercusiones particulares para las mujeres, tanto en su persona como en los diversos papeles que socialmente tienen asignados en función de su sexo.

Durante los últimos diez años, el reconocimiento que se dio a principios del decenio de 1990 a la agresión sexual como un arma de guerra y un crimen contra la humanidad se ha concretado más aún en el derecho internacional humanitario; unos cuantos casos han sido incluso juzgados con éxito en tribunales de posguerra en relación con Rwanda y la antigua Yugoslavia. Al mismo tiempo, se ha concentrado cada vez más la atención en el papel de la mujer en la resolución de conflictos y cimentación de la paz, y para ayudar a incorporar las instituciones estatales “nuevas” o de transición que surgen en el entorno posterior a un conflicto. Mucho es lo que se requiere hacer para consolidar una paz “favorable para ambos sexos”, de manera tal que no se obligue a las mujeres a volver a asumir los mismos roles con las desventajas que eran parte de las condiciones sociales y políticas que generaron la confrontación armada original.

En el primer capítulo de esta sección, “Repercusiones de las situaciones de conflicto para las mujeres”, se examinan las formas diversas y a veces contradictorias como el conflicto armado afecta a las mujeres, en tanto que en el segundo capítulo, “Tras el conflicto: Mujeres, cimentación de la paz y desarrollo”, se analizan los desafíos derivados de la consolidación de la paz en la posguerra, así como el potencial de cambio positivo que pueda haber gracias a la facultad de la mujer para lograr justicia y ejercer sus derechos.





Capítulo 13

Repercusiones de las situaciones de conflicto para las mujeres

Diez años después de la Conferencia de Beijing, el mundo está soportando todavía una epidemia de violencia armada, con 19 grandes conflictos¹ y muchas otras confrontaciones violentas de menor escala que están sucediendo en diferentes lugares del globo. No obstante que el número de conflictos importantes es menor que el habido en la mayor parte del tiempo transcurrido desde el final de la Guerra Fría, la disminución de los conflictos armados y las guerras prevista con optimismo a principios del decenio de 1990, en realidad no se ha logrado efectivamente. Algunas guerras han terminado; sin embargo, muchas otras no sólo continúan, sino que el cambio de las circunstancias suscitado por los ataques del 11 de septiembre de 2001 a los Estados Unidos de América y la subsiguiente “guerra contra el terrorismo” parecen haber dejado al mundo más predispuesto que antes a la violencia armada impredecible. Por lo tanto, se han agudizado las dificultades para atender las causas de los conflictos y sus implicaciones en la vida de las personas comunes, entre éstas, y de manera especial, las mujeres.

El final de la Guerra Fría fue testigo de los cambios habidos en las formas y en los escenarios de la violencia armada. Algunos de los conflictos o confrontaciones políticas armadas que anteriormente se habían suscitado por la competencia mundial por conseguir aliados estratégicos entre las dos superpotencias del Este y el Oeste llegaron a un fin negociado. Sin embargo, se desencadenaron también guerras nuevas por la relajación de los controles que se aplicaban durante la larga era de confrontación de las superpotencias, tal como fue el caso de la antigua Yugoslavia. Varios de los conflictos vigentes—en Cachemira, el Sudán, la República Democrática del Congo (RDC)—son

remanentes del período postcolonial, que prosiguen con mutaciones nuevas. Sin embargo, en otros casos se derivan de la competencia interna por territorios o recursos entre clanes o líderes étnicos locales, como en Burundi, Somalia e Indonesia; o son insurrecciones armadas contra el Estado, cuya fortuna aumenta o disminuye pero que no logran llegar a un final definitivo, como en Sri Lanka, la República de Chechenia y Colombia. La mayoría de estos conflictos son guerras internas o “civiles”: sólo dos de los 19 grandes conflictos vigentes en 2003 eran entre Estados (la invasión de Irak encabezada por los Estados Unidos de América y el Reino Unido, y el conflicto entre la India y el Pakistán por la región de Cachemira); pero la interferencia o involucramiento de potencias o intereses extranjeros es común (véase la gráfica 13.1).

La disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) tuvo como resultado una reducción de las posibilidades de choques fuertes entre ejércitos nacionales organizados con utilización de sofisticado armamento aéreo, de batalla y nuclear; esta era la imagen de la guerra que predominó en la mayor parte del siglo XX, matizada por la guerra de guerrillas que surgió más fuertemente en Viet Nam y en las luchas por la liberación en África. Los acontecimientos geopolíticos subsiguientes, incluido el surgimiento del unilateralismo de los Estados Unidos de América, han abierto la puerta a nuevos tipos de intervenciones militares extranjeras: ataques violentos desde el aire contra un Estado rebelde o considerado como paria, o invasiones militares cuyo propósito nominal es acabar con las violaciones flagrantes de los derechos humanos o restaurar el orden. Las crisis complejas de los años 90 y principios

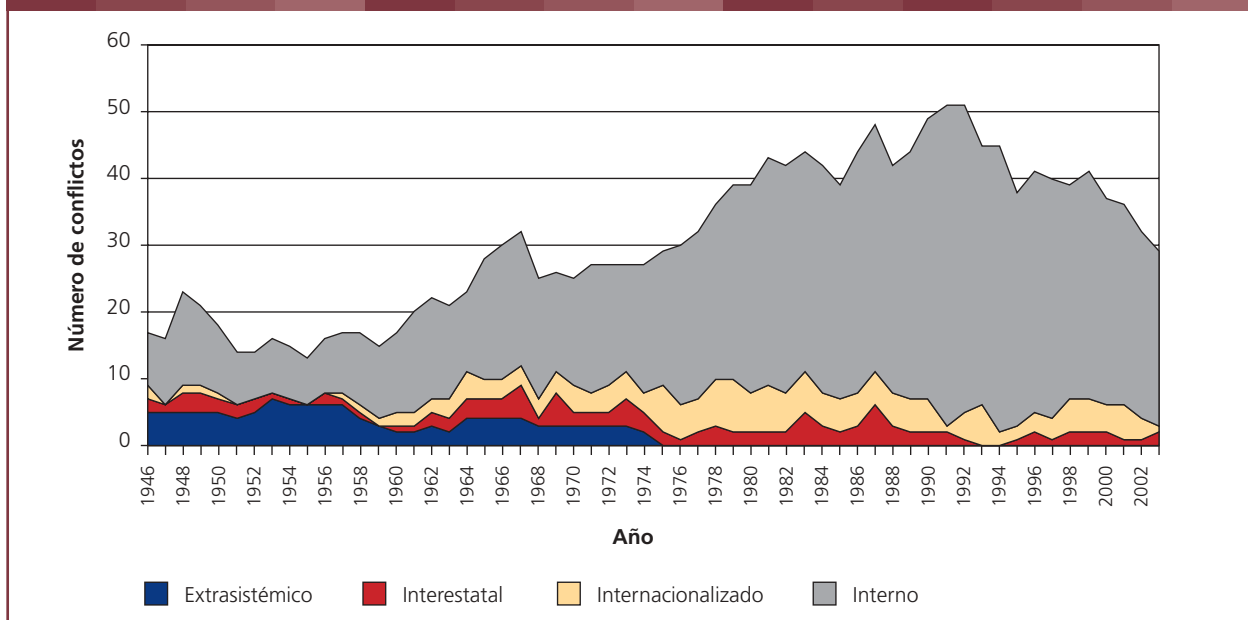
del decenio de 2000 han sido un factor importante en la evolución de las intervenciones extranjeras de gran alcance, a menudo como parte de los programas de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas. Sus objetivos (paz, estabilidad, desarrollo y gestión de gobierno con rendición de cuentas), se han hecho cada vez más ambiciosos, más amplios y más parecidos que en el pasado a los que prevalecían en el sistema de tutelaje transicional en el paso del colonialismo a la independencia; al respecto, la intervención en Afganistán en el año 2002 es un ejemplo clásico.² A menudo, estas intervenciones con participación de tropas de muchas naciones en funciones militares y no militares, constituyen otro elemento más en el confuso panorama de las situaciones actuales de conflicto y posconflicto.

En las guerras actuales están en juego no solamente los territorios, sino las identidades étnicas y religiosas, el control sobre recursos naturales tales como petróleo y minerales, así como el control sobre el comercio lucrativo y algunas veces ilícito, como el de drogas y armas. Las tensiones se han exacerbado

debido a las crisis económicas y los estragos sociales que las acompañan, las brechas crecientes de riqueza entre regiones y entre naciones, y la debilidad de las instituciones estatales frente al empobrecimiento y el descontento civil. Un rasgo común es la afirmación de lealtades étnicas, religiosas y raciales, que se antepone por encima del malestar económico y político. En un mundo en el cual se ha roto el equilibrio de poder y muchas personas se sienten desamparadas económica o políticamente, a menudo esos lazos de identidad común proporcionan un poderoso incentivo de movilización.

En la conjugación de estas fuerzas, el papel de la mujer es subsidiario al del hombre, ya que su influencia sobre las estructuras de poder y su liderazgo en la toma de decisiones son mínimos. Ocasionalmente las mujeres logran tener una prominencia emblemática al adoptar roles excepcionales, como terroristas suicidas o “madres de mártires” (incluso se pueden combinar los dos casos). Pero, como grupo, el papel explícito de la mujer en el curso de la guerra y en la influencia sobre los resultados militares es

Gráfica 13.1 Tipos de conflicto en el mundo (1946-2003)



Nota: Conflicto armado extrasistémico es el que sucede entre un Estado y un grupo no estatal fuera de su territorio. Conflicto armado interestatal es el que sucede entre dos o más Estados. Conflicto armado interno internacionalizado es el que sucede entre el gobierno de un Estado y grupos de oposición interna, con intervención de otros Estados. Conflicto armado interno es el que sucede entre el gobierno de un Estado y grupos de oposición interna, sin intervención de otros Estados.

Fuente: UCDP/PRIO 2004.

marginal, aun cuando algunas de ellas hayan podido ejercer una influencia notable en sus esposos-comandantes en privado, detrás del escenario. También han sido importantes como animadoras, desafiando a los hombres a comportarse valientemente en el combate, y ayudando a conformar las nociones de honor y masculinidad al otorgar la aprobación femenina al varón guerrero.

LA GUERRA Y LA MUJER

Cuando se contrastan las guerras de hoy con las de generaciones anteriores, es común citar las estadísticas que muestran cómo durante la Primera Guerra Mundial el 80 ó 90 por ciento

de las bajas fueron militares, mientras que en los conflictos actuales cerca del 90 por ciento de las víctimas son civiles, de los cuales la mayoría son mujeres y niños.³ Aunque la exactitud de estas estadísticas sea cuestionable, y es probable que haya alguna confusión entre “bajas” y “víctimas”, sí indican cambios importantes en la forma como la gente común sufre la guerra, hombres y mujeres por igual, pero especialmente estas últimas. (Véase la casilla 13.1.)

La distinción entre el “frente de guerra”, ubicado en algún campo de batalla distante y ocupado exclusivamente por hombres, y el “frente doméstico”, donde las mujeres viven su vida diaria de la manera más “normal” posible, ha perdido significado, si es que alguna vez lo tuvo.⁴ Ya no hay una esfera separada

Casilla 13.1 Información sobre mujeres afectadas por conflictos armados

Hay relativamente pocos datos desagregados por sexo sobre las repercusiones de los conflictos armados; y, en efecto, la dificultad de recopilar datos en cualquier zona de conflicto significa que en general se dispone de muy poca información fiable. En una revisión reciente de datos sobre mortalidad y traumatismo en situaciones de conflicto, realizada por la Organización Mundial de la Salud (OMS), los expertos señalan que debido a que durante la guerra los servicios de información se trastocan, prevalece la incertidumbre respecto a las estadísticas de defunciones e incapacidad.⁵ Las situaciones son fluidas; la población crece y disminuye rápidamente de acuerdo con los acontecimientos; se reduce la seguridad, y las prioridades para el personal de ayuda se desvían hacia otro lado. Por estas razones no es posible aplicar encuestas; las que existen se reducen a poblaciones particulares en circunstancias especiales y no constituyen una base fiable de extrapolación. Por lo tanto, las cifras reportadas de muertes por causa de los conflictos o relacionadas con ellos siempre son estimaciones y pueden estar sesgadas; toda la información de esta índole tiene una carga política y puede haberse elaborado con fines de propaganda. Estadísticas tales como las que sugieren que el 80 por ciento de la población de los campamentos de refugiados son mujeres y niños, o que las muertes indirectas de la guerra constituyen una proporción de nueve a uno en relación con las muertes directas, no se sustentan en datos empíricos y, por lo tanto, deberían analizarse con precaución.

La OMS está tratando ahora de mejorar los métodos de evaluación de mortalidad, discapacidad y morbilidad en entornos de conflicto y posconflicto. Los organismos de las Naciones Unidas, así como las organizaciones de derechos humanos, están tratando de evaluar los niveles de violencia sexual contra las mujeres y recabar información entre las poblaciones de los campamentos de desplazados y refugiados. Hay un reconocimiento creciente de que las mujeres refugiadas tienen necesidades y vulnerabilidades diferentes a las de los hombres, y que los datos desagregados por sexo, así como la información sobre hogares encabezados por mujeres y sobre dependencia familiar en las poblaciones de refugiados, son importantes. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y las organizaciones no gubernamentales (ONG) clave para la ayuda de emergencia, actualmente dan mayor prioridad al registro y la documentación de los refugiados que en el pasado; sin registro, los refugiados no tienen derechos, es difícil ofrecerles protección y ayuda efectivas, y no se puede lograr la reunificación familiar. La OMS ha establecido también un banco de datos sobre violencia contra las mujeres y los efectos sobre su salud, y está llevando a cabo un estudio en múltiples países, pero en este caso el énfasis está puesto primordialmente en la violencia doméstica.

Fuente: Naciones Unidas 2000b:156-7, 162-3.

donde poder mantener a las mujeres alejadas, para que no puedan ver las atrocidades de la guerra, cuidadosamente encapsuladas con los hijos y familiares dependientes, a cargo del hogar, mientras los maridos, padres e hijos varones encaran el fragor de la batalla. La guerra puede extenderse a zonas enteras y abarcar a la totalidad de la población, o puede persistir alternando formas de alta y baja intensidad, mientras los “frentes” van cambiando de lugar de manera impredecible a través de los territorios en disputa. Estas situaciones pueden durar años o aun décadas, aumentando y disminuyendo en la medida en que enemigos diferentes entran en combate o distintos grupos armados logran alguna ascendencia temporal.

En la actualidad las zonas de conflicto abarcan hogares, mercados, cafés, lugares de trabajo, trenes, teatros, templos y escuelas: casi no hay lugar que pueda ser considerado seguro de manera confiable. Así como el escenario de la guerra se ha hecho difuso, lo mismo ha sucedido con los protagonistas. Los ejércitos nacionales (en los cuales las mujeres están presentes en números reducidos pero más grandes de lo que solían serlo), todavía juegan un papel importante, sobre todo en las intervenciones externas. Pero muchas de las guerras se libran con tropas informales en vez de ejércitos organizados. Quienes las perpetran activamente son diversos protagonistas estatales y no estatales, incluidas milicias privadas, mercenarios y grupos criminales, lo cual indica una “privatización” de la violencia.⁶ Por ejemplo, en la batalla por la autonomía en el estado de Cachemira, en la India, hay por lo menos cien grupos diferentes involucrados en la lucha contra el Estado indio, pero algunos de ellos también luchan entre sí.⁷

El grado en que la mujer juega un papel en estas fuerzas combatientes informales varía mucho; pero ahora se descarta la idea de que está totalmente ausente del campo de batalla. Investigadores feministas han identificado históricamente una participación activa de las mujeres en las guerras, no sólo como seguidoras, auxiliadoras y proveedoras de los soldados en los campamentos, sino como combatientes. Más recientemente, las mujeres se han entrenado y han peleado como “combatientes por la libertad” en Nicaragua, Viet Nam, Sri Lanka, Sudáfrica y el Sudán meridional.⁸ Ellas también juegan papeles subsidiarios importantes en los movimientos de resistencia y en las

insurrecciones, actuando como mensajeras y espías, y como proveedoras de refugio y de auxilio a los heridos. Algunas veces actúan en esos papeles militares suplementarios por coacción, pero muchas participantes femeninas también se registran voluntariamente en la vida militar.

Métodos de combate

La manera de combatir en las guerras de hoy tiene también fuertes repercusiones sociales. El bombardeo aéreo implica invariablemente muertes “colaterales” de civiles desarmados, aun si la masacre deliberada de civiles desde el aire es ahora menos común que en la primera mitad del siglo XX. La proliferación y el auge mundial del tráfico de armas pequeñas también ha favorecido la dispersión del conflicto. Cerca de 1.250 compañías de más de 90 países (predominantemente de los Estados Unidos y Europa) están produciendo actualmente armas pequeñas y armas ligeras.⁹ Las reservas de armas pequeñas adquiridas por los gobiernos son susceptibles de ser saqueadas y distribuidas entre la población, pudiendo ser vendidas a precio muy barato. En 1997, la pérdida de control sobre los arsenales de Albania dio como resultado un incremento de los combates en los vecinos Kosovo y Macedonia.¹⁰ En 1991, en Somalia, cuando cayó el Gobierno, centenares de miles de armas de fuego llegaron a caer en manos de los clanes en guerra. En el Iraq, inmediatamente después de la derrota de Saddam Hussein, los civiles tomaron posesión de lo que se estima fueron siete u ocho millones de armas pequeñas; en Basra, en cada hogar había hasta cuatro armas de fuego.¹¹

La profusión de armas hace posible el aumento y sostenimiento de milicias y bandas; éstas no sólo las utilizan para tiroteos, emboscadas y acciones obvias de guerra, sino con propósitos criminales, para zanjar antiguas disputas o llevar a cabo asesinatos por venganza. Cuando se ha derrumbado el orden y la fuerza policial es incapaz de funcionar, los civiles quedan expuestos a la inseguridad personal. En tiempos de guerra y en contextos afines, la violación a menudo sucede bajo la amenaza de un arma de fuego.

Mientras tanto, se cree que unos 100 millones de minas terrestres están poniendo en peligro la vida de las personas en

diversas zonas de conflicto por todo el mundo. No solamente causan la muerte y amputaciones de las personas, también dejan fuera de uso grandes extensiones de tierras agrícolas y de pastos. Esto significa que las mujeres y niñas que van a trabajar al campo, o a recoger combustibles o agua, corren peligro.¹² En las nuevas guerras se despliegan todas las tácticas de terror posibles para generar miedo en multitud de personas y dejar terrenos y hogares fuera de uso o inhabitables, además de destruir edificios sagrados y monumentos; la disponibilidad inmediata de armas pequeñas y explosivos lo hace más fácil aún.¹³

Los estragos que causa la violencia contribuyen a promover el miedo, el odio y la inseguridad, embruteciendo las actitudes y dañando las relaciones interpersonales. Grupos étnicos o de creencias religiosas que previamente se entremezclaban en las comunidades y vecindarios, al igual que dentro de las familias mediante matrimonios entre miembros de clanes, comunidades o religiones diferentes, a menudo son obligados, por orden de los “comandantes” locales, a unirse a las facciones en guerra. El daño emocional y el trauma psicológico que se derivan de las atrocidades sufridas a manos de antiguos vecinos y amigos llegan a un nivel que es muy difícil de superar cuando se restaura la “paz”.¹⁴ El descenso a la guerra interna entre los clanes de Somalia obligó a muchas mujeres que se habían casado fuera de su clan a abandonar a sus maridos e hijos, y viajar grandes distancias para acudir a las zonas de origen de sus padres o ancestros a fin de ponerse a salvo.¹⁵ Relaciones tan dañadas tal vez sean imposibles de restaurar. Muchas de las madres pertenecientes a matrimonios exógenos han perdido a sus hijos para siempre y, en consecuencia, los matrimonios de hoy en Somalia suelen tener lugar entre miembros del mismo clan.

LAS MUJERES COMO VÍCTIMAS DIRECTAS DE LA GUERRA

La violencia de la guerra y otros conflictos afecta a toda la población que esté viviendo en territorios aledaños. Las repercusiones se diferencian según muchos y diversos factores, de los cuales es evidente que la edad y el sexo son muy importantes. Aun cuando

las mujeres rara vez se encuentran entre los instigadores de guerras y conflictos, sí ocupan un lugar importante entre las víctimas, tanto en cuanto afecta a su propia persona como a sus papeles adquiridos socialmente o roles sexuales. Su experiencia en los conflictos tiende a ser marcadamente distinta de la de los hombres, en su condición tanto de agente como de víctima.

Hasta recientemente ha habido una tendencia a insistir en el papel de la mujer como víctima y a minimizar su papel de agente; pero la índole cambiante del conflicto y la evaluación de la guerra contemporánea desde una perspectiva feminista han permitido empezar a completar un cuadro mucho más complejo de la actividad de las mujeres en la guerra y las repercusiones de dicha actividad sobre ellas mismas. Desde este punto de vista, las mujeres están involucradas de forma más activa en la defensa de la sociedad en guerra y el sostenimiento del tejido social, a la vez que están más abiertamente expuestas a su brutalidad y, algunas veces, a ser cómplices de ésta. Con el reconocimiento de que la violación masiva puede ser utilizada como un “arma de guerra” y que la agresión sexual es una rutina que sucede como corolario de la cultura del combate, se ha enfatizado la vulnerabilidad directa de las mujeres en las situaciones de extrema inseguridad. Estos fenómenos pueden ser vistos como síntomas de la exposición generalizada de poblaciones enteras a la violencia.

Lejos de estar protegidas o tener “inmunidad” por su condición femenina, las mujeres pueden ser blanco específico de la violencia endémica que abarca muchos escenarios de combate. En las guerras causadas por desigualdades sociales y económicas o por diferencias identitarias o religiosas, las mujeres son involuntariamente asignadas a aquella parte de la disputa a la cual se considera que pertenecen por adscripción familiar, parentesco o creencia, refleje ello o no su propio sentido personal de identidad. Secuestrar o atacar a las esposas e hijos de los jefes guerreros ha sido algo muy común en la historia. En la parte oriental de la República Democrática del Congo (RDC) se han reportado recientemente casos de mujeres que han sido enterradas vivas por los aldeanos locales debido a que se creía que eran brujas, cuando la causa real era que ellas estaban proporcionaban alimento y medicinas a grupos armados a los que los aldeanos no apoyaban.¹⁶ En zonas de conflicto del África subsahariana,

como en otros lugares, las mujeres afrontan peligros personales todos los días, cuando recorren los alrededores en busca de alimentos, agua y combustibles. En el oeste de la RDC, un funcionario de la ONU informó a los expertos independientes pertenecientes al Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM): “Las mujeres están en peligro cuando salen a los campos o van camino al mercado. En cualquier momento pueden ser desnudadas, humilladas y violadas en público. Muchas personas ya no duermen en casa. Cada noche se ataca una nueva aldea, quemándola y asolándola... siempre se llevan a las mujeres y a las jovencitas.”¹⁷

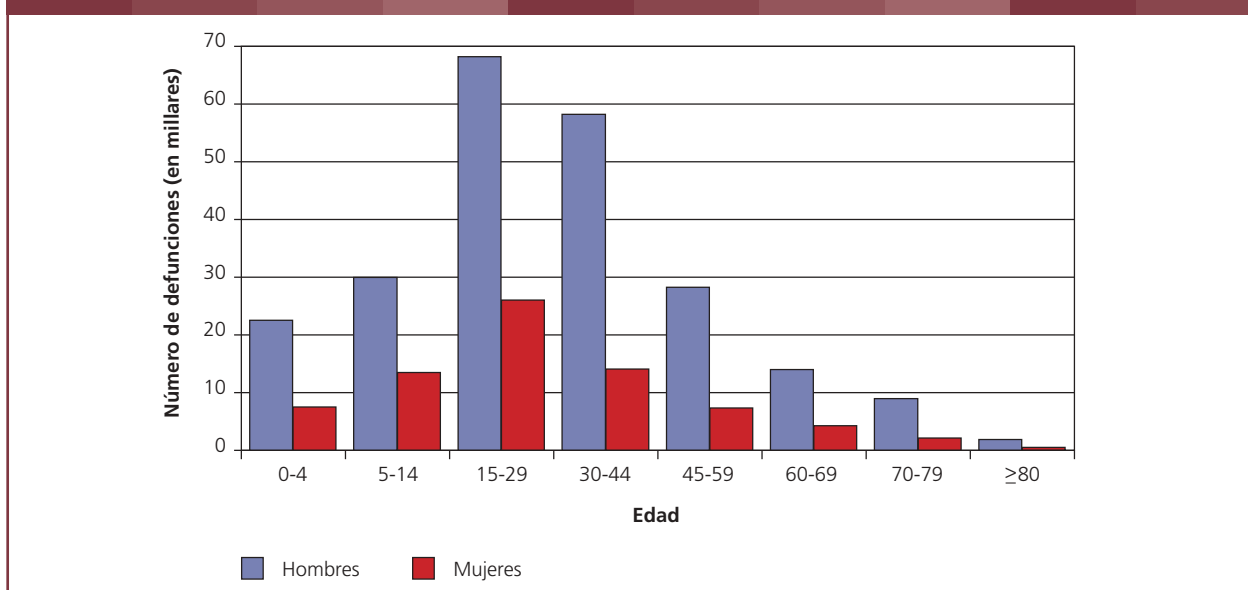
Mortalidad y pérdida

El número de hombres muertos es mayor que el de mujeres, tal como muestra la gráfica 13.2. Sin embargo, las muertes de mujeres a causa de traumatismos es mayor de lo que podría esperarse. Sólo en el año 2000, se calcula que los conflictos han generado 310.000 muertes por traumatismo, más de la mitad de las cuales

ocurrieron en el África subsahariana, una quinta parte en el Sudeste de Asia, y el resto en los Balcanes, Asia Central y Oriente Medio.¹⁸ Aun cuando los índices de mortalidad más altos correspondieron a los hombres en el estrato de edad de 15 a 44 años, una cuarta parte de la mortalidad directa fue de mujeres, con la cifra más alta para las del estrato de edad de 15 a 29 años (26.000 muertas por causas directas).

Por lo tanto, la región donde las mujeres sufrieron lo peor fue el África subsahariana; en esta región, donde las formas brutales y atroces de violencia sufridas por la población rural han sido insólitas y causa de preocupación especial,¹⁹ las incursiones y ataques repentinos a las aldeas son una pauta común. Esto pone en peligro a las mujeres especialmente, ya que el enemigo puede escoger de manera deliberada los momentos cuando los hombres están ausentes para lanzar un ataque. Esto es lo que se señala en el testimonio de muchos sobrevivientes de ataques a las aldeas en Darfur Occidental (Sudán) recabado en un estudio realizado por Amnistía Internacional a principios del 2004. En uno de esos testimonios se menciona lo siguiente: “En el pueblo sólo había mujeres y niños; los hombres estaban con el ganado

Gráfica 13.2 Distribución de las defunciones a causa de conflictos en el año 2000, calculada por edad y sexo



Fuente: Murray et al. 2002.

un poco más al norte, cerca de los montes. Cuando tuvo lugar el ataque, los hombres subieron a los montes para ver lo que pasaba, mientras que las mujeres corrieron al pueblo para recoger a sus hijos y huir hacia el sur.”²⁰

Se revela que una proporción alta de las defunciones se debe también a la huida de la población y su desconcierto. Tal como se advirtió anteriormente, una estimación de las muertes por la guerra permite sugerir que hay nueve defunciones indirectas por cada defunción directa, de las cuales mujeres y niños constituyen una proporción elevada; sin embargo, como sucede con casi todas las estadísticas que se refieren a la guerra, no hay bases empíricas para validar esa cifra.²¹ Hay defunciones por hambre, exposición a la intemperie, agotamiento, infección o enfermedades epidémicas, o por alguna combinación de dichas causas agravadas por las lesiones físicas o los traumas. El índice de mortalidad de las poblaciones destrozadas por la guerra es mucho más alto que el usual. Cuando se reanudó la guerra civil en el Congo a fines de 1998, una tercera parte de la población de Brazzaville (un cuarto de millón de personas aproximadamente) huyeron a los bosques, donde permanecieron atrapadas durante varios meses sin acceso a ayuda. Sus índices de mortalidad se elevaron cinco veces más del nivel considerado como “umbral de alerta” por emergencia.²²

Las estimaciones hechas por el Comité Internacional de Rescate en la RDC muestran que entre agosto de 1998 y abril de 2001, hubo un excedente de defunciones de 2,6 millones en las cinco provincias orientales donde los grupos armados estaban atacándose unos a otros. De éstas, 350.000 fueron causadas directamente por la violencia, correspondiendo el 40 por ciento a mujeres y niños; la mayoría de ellos murieron por enfermedad y malnutrición.²³

Viudez

Aun cuando sus posibilidades de sobrevivir a los traumatismos pueden ser mayores, las mujeres tienen que absorber la pérdida del marido, el padre o los hijos, con todo el consiguiente dolor emocional y psicológico, y consolar a los otros miembros dependientes de la familia, incluidos los niños. Las estimaciones

demográficas permiten sugerir que las viudas pueden llegar a representar hasta el 30 por ciento de la población en las sociedades destruidas por la guerra.²⁴ Los sufrimientos de quienes quedan viudas por la guerra pueden ser agudos. Están fuertemente relacionados con el incremento del número de hogares encabezados por mujeres y que es común en períodos de guerra;²⁵ pero las viudas pueden enfrentar dificultades específicas en comparación con las mujeres cuyos compañeros o parientes masculinos del hogar se hayan ido temporalmente a combatir, hayan desaparecido o hayan sido hechos prisioneros. En algunas culturas, el apoyo de la familia depende tradicionalmente de que la mujer sea reasignada como esposa extra a algún hermano u otro miembro masculino de la familia; vivir en los márgenes de la economía puede ser la única alternativa que tengan. En lugares donde las viudas poseen tierras o tienen acceso a ellas tal vez se vean obligadas a venderlas si no disponen de suficiente dinero en efectivo y, por lo tanto, no pueden contratar mano de obra ni adquirir insumos. Los problemas relacionados con la propiedad femenina de la tierra y su acceso a ella son sumamente significativos en los asentamientos de posguerra (véase el capítulo 14).

El hecho de que haya una gran cantidad de viudas en una población sumida en el conflicto puede disipar los efectos individuales de estigmatización cuando ésta sucede tradicionalmente; puede ser que las viudas hasta se las arreglen para hacer que cambien las actitudes de la sociedad hacia ellas y que las autoridades les hagan algunas concesiones. Sin embargo, puede ser que no se satisfagan voluntariamente las necesidades de apoyo económico y social de las viudas. Aun en países donde teóricamente se supone que disponen de pensiones y beneficios, estos pueden serles negados o se les puede dificultar el acceso a los mismos. En situaciones en las que el esposo ha desaparecido sin dejar rastro alguno, este problema puede complicarse. En el estado de Cachemira, en la India septentrional, hay muchas mujeres a las que se conoce como “viudas a medias”. Estas mujeres no son capaces de probar la desaparición de su proveedor masculino con su cadáver o alguna otra forma aceptada de evidencia. En dichos casos, la mujer técnicamente no se considera como viuda, condición social que, de otra manera, le permitiría calificar para recibir determinados tipos de ayuda estatal.²⁶

La experiencia de las viudas a causa de la guerra no es invariablemente negativa. Las viudas por la guerra de los tamiles en Sri Lanka han mostrado tener una valiosa independencia de acción y se han convertido en un grupo “liberado” en el interior de una sociedad sumamente conservadora. En un estudio sobre Sri Lanka se describe a una generación de mujeres viudas como: “desafiantes de la noción convencional hindú sobre la viudez como una condición negativa y contaminada que les prohíbe participar en muchos aspectos de la vida de la comunidad.”²⁷ Estas mujeres han redefinido lo que significa quedarse sin esposo en el contexto del Asia Meridional; muchas de ellas han tratado de conseguir su independencia por primera vez, así como acceso al mundo de la vida pública y al empleo, si las oportunidades urbanas están a su alcance. He aquí otro ejemplo de lo que para algunas mujeres es una experiencia contradictoria de la guerra: un triunfo gracias a la transformación social, que proviene a su vez del sufrimiento extremo.

La agresión sexual como arma contra la mujer

Estaba durmiendo cuando empezó el ataque a Disa. Los atacantes me llevaron con ellos; todos iban uniformados. Se llevaron a muchas otras muchachas y nos hicieron caminar durante tres horas. De día nos golpeaban y nos decían: “Negras, os vamos a exterminar; no tenéis dios”. Por la noche nos violaban varias veces. Los árabes nos vigilaban armados y no nos dieron de comer durante tres días.

Una refugiada de Darfur Occidental (Sudán)
entrevistada en el campamento
de Goz Amer (Chad) en mayo de 2004.²⁸

El uso de la violencia sexual en el conflicto armado ha sido registrado desde épocas antiguas, pero recientemente se ha destacado mucho más. Hay pruebas de que en los conflictos postcoloniales la agresión sexual sucedió a gran escala. Durante la división del subcontinente indio entre la India y el Pakistán, en 1947, se calcula que 100.000 mujeres fueron violadas,

raptadas y casadas a la fuerza.²⁹ La violación fue utilizada también estratégicamente en Corea durante la Segunda Guerra Mundial, así como en Bangladesh en 1971 durante la guerra de independencia.³⁰ Sin embargo, no fue sino hasta 1992 que la violación se reconoció como un arma de guerra, cuando en los medios de comunicación de masas se dio atención a nivel mundial a la violación masiva de mujeres en Bosnia y Herzegovina, seguida por la de entre 250.000 y 500.000 mujeres durante el genocidio de 1994 en Rwanda. Subsecuentemente, un número mucho más grande de informes de guerra oficiales y no oficiales se han concentrado en el problema de la violencia sexual, que ha surgido como una característica de las hostilidades en Afganistán, Argelia, Timor Oriental, Liberia, Uganda septentrional, el Sudán, la República Democrática del Congo y Somalia, entre otros. Aparentemente, la violación está aumentando como parte del conflicto armado,³¹ pero es tal el silencio que rodeó anteriormente a este problema que sus tendencias son difíciles de evaluar.

Las circunstancias y formas de violencia sexual son muchas y pueden ser extremas. Se incluye la violación y la tortura de las mujeres delante de sus maridos; la utilización para ello de cuchillos y el cañón de los rifles; ataques a mujeres embarazadas con sus fetos nonatos; la mutilación de senos y partes genitales; y otros horrores que las mujeres apenas si son capaces de contar confidencialmente. Algunas mujeres y niñas han soportado violaciones en serie por parte de los miembros de alguna banda; algunas de ellas han sobrevivido a los “campamentos de violación” donde estaban prisioneras y sufrían ataques sexuales de forma sistemática.³² La violación utilizada de esa manera degrada y humilla no sólo a la mujer misma, sino al pueblo o clan al cual pertenece. En Rwanda y en la antigua Yugoslavia, la violación era utilizada como una estrategia para subvertir los lazos comunitarios y aun como una herramienta de “limpieza étnica”.³³ De esta manera, la violación del cuerpo de una mujer y de su sexualidad y función reproductiva se convierte en una extensión del campo de batalla.

Para las mujeres que son víctimas, el impacto no sólo podría ser devastador física y psicológicamente, sino que conduciría al divorcio, el rechazo por parte de la familia o el ostracismo social. En muchas culturas la violación es sumamente vergonzosa para

la mujer y profanadora para su familia. Las mujeres somalíes no confiesan haber sido violadas porque, si lo hicieran, sufrirían el rechazo social seguido del divorcio. Las mujeres palestinas que son combatientes en la resistencia y que han sido apresadas, han sido rechazadas por sus comunidades al ser liberadas, hayan sido violadas o no. Algunas mujeres iraquíes que han sido víctimas de violación, o las que han sido apresadas y se supone que fueron violadas por sus captores, subsecuentemente han sido divorciadas y hasta asesinadas.³⁴

En un estudio realizado en Sierra Leona por *Physicians for Human Rights*, se calculó que el 11 por ciento de las miembros femeninas de los hogares han sufrido violencia sexual relacionada con la guerra; el ocho por ciento de las mismas declararon haber sido violadas, pero un determinado número declaró haber sido secuestrada, haber quedado embarazada o haber sufrido hemorragias, dolores o inflamación vaginales, o haber tenido algún tipo de infección de transmisión sexual (ITS), indicadores éstos de relación sexual forzada que ellas no admiten por temor a ser estigmatizadas. La mayoría de estas víctimas habían sido violadas y, una tercera parte, secuestradas; algunas de ellas habían sido casadas a la fuerza y unas pocas habían quedado embarazadas.³⁵

De acuerdo con un informe comisionado por el Consorcio de Salud Reproductiva para Refugiados, se calculó que, en Kosovo, el número de casos de violación y agresión sexual relacionados con la guerra fue de entre 10.000 y 30.000. Sin embargo, las organizaciones internacionales de salud y derechos humanos, incluidos los Centros para el Control de Enfermedades, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa y *Human Rights Watch* no han podido verificar la cifra real.³⁶ El “silencio férreo” y el tabú sobre la violación son tales que muy pocos casos llegan a reportarse. Es muy común que ese tipo de embarazos se resuelvan sin ayuda médica, tanto en Kosovo como en Liberia, Bosnia y Sierra Leona; en consecuencia, muchas madres son rechazadas por sus familias, al igual que sus hijos.

Matrimonio forzoso y esclavitud sexual

La población que habita en zonas devastadas por la guerra, donde ya no se puede confiar en las normas sólidas que antes existían de protección social a los indefensos, es muy consciente de la amenaza al honor de la mujer. En Afganistán, donde la guerra civil ha continuado durante más de dos décadas, los hogares que anteriormente enviaban lejos a sus hijas jóvenes para que se casaran con un pariente de otra región, debido al temor de que fueran secuestradas y casadas a la fuerza por los talibanes, han reanudado ese tipo de acción como estrategia protectora contra las depredaciones recientes de jóvenes armados que consiguen novia por la fuerza.³⁷

Hay información proveniente de otras zonas de conflicto según la cual los padres de familia tratan de prevenir la agresión sexual a sus hijas casándolas a edad muy temprana; o pueden recurrir a la “venta” de una hija joven para el matrimonio en la medida en que los bienes familiares se van perdiendo.³⁸ Por ejemplo, en Burundi, en los campamentos para desplazados, las encuestas mostraron que el 55 por ciento de las jóvenes se casaban a una edad más temprana que antes; en el medio rural del conflicto, la cifra era del 18 por ciento.³⁹ Los refugiados somalíes pertenecientes a comunidades minoritarias informaron de que las jóvenes eran secuestradas a la fuerza a una edad tan temprana como los 13 años, y casadas con los “comandantes” de la milicia; dichos matrimonios pueden ser acordados con las familias de las jóvenes a cambio de “protección” a la familia.⁴⁰ La Relatora Especial de las Naciones Unidas sobre violencia contra la mujer informó en 1998 que el matrimonio y la prostitución forzosos formaban parte de las violaciones a los derechos humanos cometidas por las fuerzas de seguridad indonesias en Timor Oriental.⁴¹

La esclavitud sexual, o mantener a las mujeres en cautiverio para proporcionar servicios sexuales a los soldados combatientes, es otro abuso que se comete contra las mujeres durante los conflictos. Durante la Segunda Guerra Mundial, el ejército japonés reclutó mujeres a la fuerza en Malasia, Indonesia y Corea, para convertirlas en esclavas sexuales (*comfort women*, como se las conoce en inglés); desde entonces estas

mujeres han tratado, sin éxito, de conseguir que el Japón las indemnice por ello. En Uganda septentrional, una campaña sistemática de raptos y secuestro de niñas por parte del Ejército de Resistencia del Señor (LRA, en sus siglas en inglés), ha estado vigente desde mediados del decenio de 1990. Las raptadas son conocidas como “esposas” o “ayudantes”, pero son utilizadas como esclavas domésticas y sexuales. Son asignadas a los soldados como premio por alguna actuación eficaz y para ellos constituye una fuente de prestigio y una prueba de su condición social: mientras más alto sea el rango dentro del LRA, mayor es el número de “esposas” asignadas. Los exámenes médicos realizados a las que lograron escapar mostraron que cerca del 100 por ciento padecía infecciones de transmisión sexual (ITS).⁴²

Otras vulnerabilidades relacionadas con el sexo

Todas las zonas de conflicto muestran un marcado incremento de las infecciones de transmisión sexual (ITS) y a menudo de VIH/SIDA. El alto índice de ITS se debe a la conducta sexualmente depredadora de los soldados, merodeadores locales, milicianos y también de las fuerzas de paz. El Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre VIH/SIDA (ONUSIDA), el cual se concentra en los soldados como uno de los muchos grupos en riesgo de contraer ITS, incluido el VIH, afirma que las tasas de ITS en las fuerzas armadas son generalmente de dos a cinco veces más elevadas que en la población civil, pero en época de

Casilla 13.2 La violación como instrumento en el conflicto de clanes de Somalia

Entre 1991 y 1994 miles de mujeres somalíes fueron objeto de violación y agresión como un componente del conflicto entre clanes. Estas atrocidades no tenían precedente en la historia de Somalia. Tradicionalmente, las contiendas y conflictos en la sociedad pastoril somalí estaban regidos por códigos sociales que protegían a la mujer, a los ancianos, los enfermos y los niños contra los ataques de sus enemigos, o por lo menos se aseguraba el castigo a los culpables. Estas normas fueron abandonadas durante el conflicto que estalló en 1991, en el cual las mujeres y otras personas no combatientes fueron atacadas con impunidad por milicias e individuos, causando un choque emocional profundo y duradero en las mujeres somalíes.

Muchas mujeres escaparon a Kenya, donde la violencia sexual continuó en los campamentos de refugiados en los cuales ellas habían tratado de protegerse. Allí, puesto que constituían el 80 por ciento de la población del campamento, estaban inseguras y expuestas a los ataques de los grupos armados (*shifta*) somalíes merodeadores. Los activistas de derechos humanos denunciaron las agresiones a gran escala y el ACNUR llevó a cabo una investigación exhaustiva. La siguiente cita está extraída de una de las entrevistas realizadas en los campamentos a 192 mujeres sobrevivientes de violación:

En julio de 1992 nueve *shifta* (bandidos) con armas de fuego entraron a mi casa por la noche. Vestían pantalones negros, chaquetas negras y sombreros calados hasta las cejas. Yo no los conocía. Todos ellos tenían pistolas y botas grandes como las de los soldados. Me jalaban los brazos atrás de la espalda y me amarraron las manos. Me dijeron que no gritara y apretaron sus cuchillos contra mis brazos y mi cabeza. Me patearon con sus botas. Me dijeron que les diera todo el dinero que tuviera. Yo había ido a vender al mercado durante el día por lo que deben haberme seguido para descubrir dónde me quedaba. Después que me ataron y me hirieron les di el dinero que había enterrado en lugar seguro. Luego tres de los hombres me agarraron y me arrastraron al interior de mi casa y me violaron. Uno de ellos me violó mientras otro me apuntaba con una pistola a la cabeza y me decía que me mataría si hacía algún ruido. Mi hija de 10 años se había despertado y lloraba, y la golpearon con las pistolas en la cabeza. Hasta ahora todavía tiene problemas [mentales]. Traté de gritar, pero los *shiftas* dispararon al aire para que la gente se alejara.

Fuente: Musse 2004.

conflicto la diferencia puede ser hasta 50 veces más alta o incluso más.⁴³ Hay numerosas instancias en las que el VIH ha aparecido a escala epidémica entre la población civil después de la presencia de un ejército en la región, ya sea acampado o de paso. En Rwanda, en 1992, las pautas de infección por VIH eran elevadas en las zonas urbanas (el 27 por ciento de las mujeres embarazadas examinadas en clínicas de atención prenatal), pero sólo el uno por ciento en las zonas rurales. Hacia 1997, el trastorno demográfico que siguió al genocidio de 1994 tuvo como consecuencia que los índices urbano y rural casi fueran equivalentes.⁴⁴ Puesto que es difícil recabar información sobre salud en las zonas de conflicto, la asociación entre diseminación del VIH y conflicto armado es difícil de demostrar de manera categórica, pero está ampliamente aceptada. En Rwanda, era obvio que para algunos milicianos *interahamwe* la violación era un medio de transmitir la infección por VIH.⁴⁵

Para las mujeres, el problema de las ITS se agrava por la prevalencia de las violaciones y por la cantidad de mujeres que se dedican al comercio sexual como forma de supervivencia en tiempos de penuria. La demanda de servicios sexuales, especialmente por la presencia de ejércitos extranjeros o fuerzas de paz de la ONU con dinero para gastar, aumenta justo cuando se recrudece la necesidad de encontrar recursos para vivir y

mantener funcionando a la familia. En un seminario de trabajo sobre las consecuencias sociales del proceso de mantenimiento de la paz en Camboya, realizado en Ginebra en 1992, se señaló que el aumento de la industria del “descanso y diversión” había repercutido tanto en las mujeres como en los niños, siendo estos últimos arrastrados cada vez más hacia el comercio sexual.⁴⁶ Los expertos independientes del UNIFEM, en su informe de 2002, describieron esto como un fenómeno que sucede en varias de las zonas de conflicto que visitaron, incluidas la República Democrática del Congo, Sierra Leona, Camboya y la antigua Yugoslavia. Radhika Coomaraswamy, antigua Relatora Especial de las Naciones Unidas sobre violencia contra la mujer, ha hecho un llamado a la ONU para que dé pasos efectivos a fin de prevenir el involucramiento de las fuerzas de paz en la violencia sexual contra las mujeres e imponer castigos cuando ello ocurra.⁴⁷

Aunque la definición de trata continúa siendo controvertida, las situaciones de guerra y conflicto parecerían estar relacionadas con un aumento de la trata de personas, especialmente mujeres y niñas. Esto se debe en parte a que el trastorno social, así como la falta de ordenamientos jurídicos y observancia de la ley, proporcionan una cobertura eficaz a este lucrativo comercio; también la destrucción de la vida económica y la penuria a la

Casilla 13.3 Rapto de madres adolescentes con sus bebés

En Uganda septentrional y en Sierra Leona, las adolescentes que han sido secuestradas para ser asignadas a los “comandantes” rurales como esposas a la fuerza y llegan a ser madres de bebés, quedan sumamente desamparadas cuando retornan a sus comunidades. A menudo se estigmatiza a los propios niños, faltándoles auxilio básico para la salud, alimento, refugio y vestido; sus madres tienen dificultades para proporcionarles lo necesario y los trastornos adicionales entre las madres y sus bebés pueden afectar la capacidad de estos últimos para crecer y desarrollarse. Al regresar a sus comunidades, el estigma que implica haber parido al hijo de un comandante rebelde, estigma mayor aún que el de haber sufrido abuso sexual, puede hacer que las jóvenes se escondan y eviten ser atendidas en las clínicas y acceder a programas en los cuales se daría a conocer su situación. Puede ser que los bebés no sean aceptados en las comunidades ni por sus propias madres, puesto que se les ve como los “rebeldes del mañana”. Un equipo de evaluación psicosocial de UNICEF en conjunción con el Gobierno de Uganda, registró muchas declaraciones que confirman esas actitudes: “A las madres jóvenes no les gustan los bebés no deseados; muchas de esas madres son jóvenes y quieren asistir a la escuela pero no pueden debido a los pequeños. Las escenas de los ataques que sufrieron quedaron grabadas en su memoria y muchas viven atormentadas por los recuerdos” (declaración de un hombre joven de Adjumani, Uganda septentrional, 1998).

Fuente: McKay y Mazurana 2004.

que se ven reducidas las familias están relacionadas con su adopción de medidas drásticas de supervivencia, como que las propias mujeres se pongan en venta a sí mismas o sus hijos. La falta de controles fronterizos adecuados durante los conflictos ha contribuido a generar un entorno en el cual la trata de mujeres ha florecido.⁴⁸ Se calcula que la tasa de crecimiento de la trata de personas ha aumentado en un 50 por ciento entre 1995 y 2000. Una gran parte de estas proviene de países sumidos en el desorden y la inestabilidad económica concomitante. Se considera que la mayoría de las personas que son objeto de trata son mujeres, muchas de ellas destinadas a la prostitución, de acuerdo con la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).⁴⁹ Por citar un ejemplo, en Colombia, un país destrozado por la guerra, una organización contra la trata de personas calcula que los traficantes envían fuera del país alrededor de 50.000 mujeres al año (véanse también los capítulos 7 y 10 para una elaboración más amplia de las controversias en torno al tráfico ilícito de seres humanos).⁵⁰

LAS MUJERES COMO PARTICIPANTES MILITARES

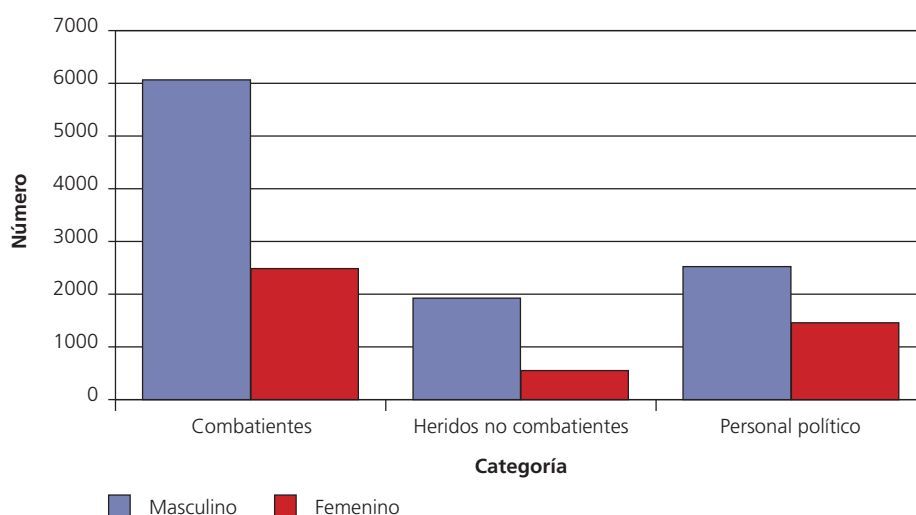
No obstante que comúnmente la violencia armada se considera un coto masculino, la mujer ha tenido un papel militar activo en las guerras y revoluciones desde hace mucho tiempo. El papel activo de las mujeres como combatientes ha recibido más atención en el pasado reciente, sobre todo desde que empezaron a cometer atentados suicidas con bombas en lugares concurridos, estrategia de los Tigres de Liberación de Tamil Elam (LTTE, en sus siglas en inglés) en Sri Lanka o de la intifada palestina, así como de los insurgentes chechenos. Las mujeres actuaron como combatientes por la libertad en las luchas africanas de liberación de los años 70 y 80 en Mozambique, Zimbabwe y Namibia; también en Nicaragua, Viet Nam y Sudáfrica, donde fueron entrenadas y combatieron a la par que los hombres en las fuerzas del Congreso Nacional Africano (CNA).⁵¹ Para algunas de las mujeres combatientes, la participación militar surge de su experiencia como víctimas; algunas de ellas son forzadas a portar armas o trabajar para los comandantes militares. Sin embargo,

otras se inspiran al identificarse con la causa por la que sus parientes y grupos de identidad común hayan declarado la guerra. Su participación no se reduce a las causas revolucionarias y radicales: los movimientos chovinistas o nacionalistas incluyen mujeres entre sus miembros activos y principales animadores. La capacidad de la mujer para actuar en situaciones de conflicto puede desarrollarse en diversos contextos políticos (democrático, revolucionario o autoritario), y lo mismo en los Estados fuertes que en los débiles.

En años recientes se ha dado mucha atención al reclutamiento y utilización de “niños soldado”, tanto en las fuerzas organizadas como en las bandas de milicianos. La fabricación de armas automáticas ligeras y de uso fácil ha facilitado mucho este hecho. La mayoría de los niños soldado (menores de 18 años) son muchachos, pero de ninguna manera lo son en su totalidad. Entre 1990 y 2003, había muchachas entre las fuerzas combatientes en 55 países, y participaron en combates en 38 de esos países en los cuales había conflictos armados internos vigentes.⁵² Muchas de ellas fueron raptadas y obligadas a servir como combatientes o a desempeñar otros papeles. En las guerras internas de África, donde la presencia de las muchachas en los grupos armados es común, la idea de que muchas de ellas participan voluntariamente está en entredicho, puesto que en realidad tal vez lo hagan porque no tienen otra alternativa real.

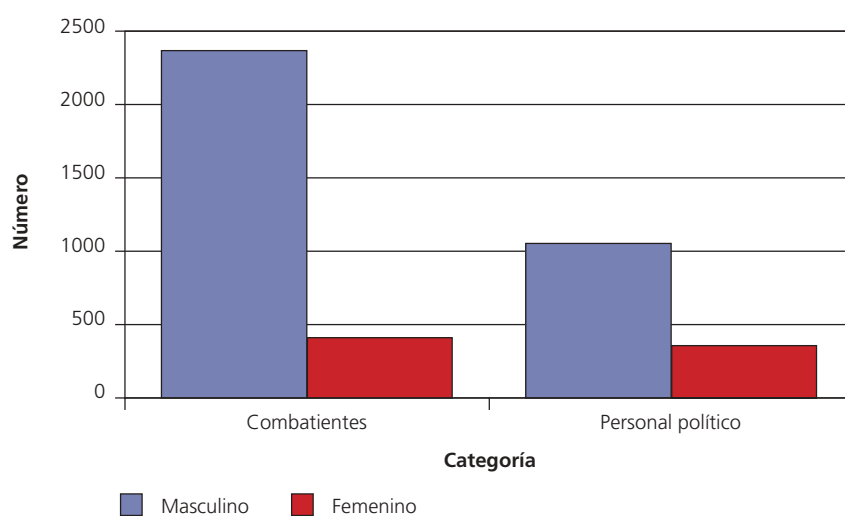
Las mujeres jugaron un papel como combatientes y como partidarias políticas en los conflictos civiles de los países centroamericanos de Guatemala, El Salvador y Nicaragua. En la cúspide del esfuerzo sandinista para derrocar al régimen del Presidente Anastasio Somoza en Nicaragua, entre 1977 y 1979, las mujeres representaban entre el 25 y el 30 por ciento de los combatientes;⁵³ en años inmediatamente posteriores, siguieron jugando un papel fundamental en la transición de la lucha armada a la gestión de gobierno. En El Salvador, donde se dispone de mejores estadísticas, la Misión de Observadores de las Naciones Unidas (ONUSAL) calculó que las mujeres constituían el 29 por ciento de los combatientes y el 37 por ciento de los cuadros políticos. En Guatemala, los datos de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) muestran que las mujeres representaban el 15 por ciento de los combatientes y el 25 por ciento de los cuadros políticos (véanse las gráficas 13.3 y 13.4). Es interesante

Gráfica 13.3 Composición por sexo del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador, por categorías de desmovilización



Fuente: Misión de Observadores de las Naciones Unidas en El Salvador (ONUSAL), citado en Luciak 2004.

Gráfica 13.4 Composición por sexo de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), por categorías de desmovilización



Fuente: URNG 1997, citado en Luciak 2004.

advertir que en Guatemala a las mujeres les fue mejor con el acuerdo de paz que a las de El Salvador, en parte debido a que el acuerdo se logró seis años más tarde y reflejó la creciente toma de conciencia sobre los derechos de la mujer, así como la presión de la sociedad civil.⁵⁴

Se cree que en la rebelión armada maoísta vigente en Nepal una tercera parte de los cuadros guerrilleros y alrededor de la mitad del liderazgo de nivel medio son femeninos.⁵⁵ Estas cifras se basan en entrevistas con los líderes maoístas así como en información anecdótica, y no puede ser confirmada pero parecería ser cierta. Nepal es un país pobre, rural y montañoso, y los rebeldes maoístas se apoyan en los más pobres y operan en las zonas más remotas. La mayoría de las zonas rurales tienen pocos hombres, puesto que ellos han emigrado ya sea hacia la capital, Katmandú, en busca de trabajo, o a otros poblados y ciudades al otro lado de la frontera con la India. Las mujeres se quedan atrás para atender las labores agrícolas, mantener a la familia y de alguna manera cubrir las necesidades con el dinero que se tenga. El Estado está virtualmente ausente y en muchas comunidades los maoístas son los únicos suministradores de administración, servicios o seguridad que la gente conoce. Por lo tanto, no es de sorprender que su ideología les resulte atractiva y que las mujeres que se enfrentan a la pobreza y las penurias, ingresen a los cuadros guerrilleros y contribuyan significativamente a aumentar su número.

En varios países, incluidos Uganda septentrional y el Sudán occidental, se han reportado también casos de mujeres que participan en la guerra como partidarias activas y animadoras de las fuerzas combatientes. Un ejemplo es el de las mujeres de al Hakkamat de Darfur, quienes tienen un papel tradicional como cantantes de alabanzas y artistas, tal como lo hacen otros grupos de mujeres en muchos países de la región. En ataques recientes llevados a cabo por la milicia Janjaweed contra aldeas locales, se ha informado que las Hakkamat acompañan a los combatientes masculinos, ululando y cantando canciones para alentarlos, declarando que los aldeanos africanos locales serán expulsados y “nuestro ganado se quedará en sus tierras”. De acuerdo con los testimonios recabados por Amnistía Internacional, las mujeres Hakkamat juegan el papel de “comunicadoras” durante los ataques y, no obstante no estar involucradas activamente en los

combates, participan en los actos de saqueo. En algunos casos, se ha sabido que ellas contemplan a sus hombres mientras estos violan a otras mujeres.⁵⁶

EFFECTOS DE LA GUERRA EN LAS MUJERES COMO ACTORAS SOCIALES

A consecuencia de los cambios de autoridades gubernamentales y de las relaciones de poder que suceden en el transcurso de la guerra, la manera como funcionan las sociedades se transforma profundamente. Sobre todo si continúan durante un período largo, las guerras destruyen la economía de la región afectada y alteran sus estructuras clave, incluyendo los modos de vida, los medios de supervivencia y la composición de la población económicamente activa. Estos cambios tienen implicaciones importantes para las relaciones de género. Por un lado, las mujeres pueden perder sus ocupaciones profesionales y empresariales y caer en la pobreza, tal como sucedió en Bosnia y Herzegovina. Pueden perder también el acceso a la tierra en general o, específicamente, a la tierra cultivable, que es lo que sucedió en muchos de los conflictos africanos tales como los de Angola, Rwanda y Uganda. Por otro lado, los esfuerzos de las mujeres para sobrevivir pueden llevarlas a asumir el riesgo de emprender nuevas actividades e incluso (en el contexto de la ayuda internacional y no gubernamental) proporcionarles oportunidades de formación y acceso a empleo como maestras, trabajadoras sociales y sanitarias. Muchas observadoras feministas han señalado que hay una tendencia a obtener por primera vez derechos sociales, económicos y hasta políticos, aun si todo ello se logra a costa de tener que sobrellevar una carga de obligaciones casi insoportable.

En su papel como proveedora social, la mujer también tiene que asumir niveles adicionales de responsabilidad; esto es lo que sucede cuando queda separada de su hogar y de otros miembros de su familia, especialmente los hombres, quienes normalmente actúan como proveedores, protectores y cabezas del hogar. El colapso de los servicios en las zonas cercanas a los combates, sobre todo los relacionados con la salud, también puede dar

lugar a obligaciones adicionales para la mujer. Las repercusiones por la pérdida de servicios pueden afectarlas personalmente; pero la falta de mecanismos de apoyo en la vida cotidiana es particularmente penoso para las mujeres dado su papel de cuidadoras de los hijos, ancianos y enfermos, además de los huérfanos u otros miembros de la familia de quienes se hacen cargo debido a la muerte o traumatismos sufridos por sus parientes. Las epidemias de enfermedades infecciosas o la escasez de alimentos nutritivos causan el mayor estrago en los niños pequeños. Las mujeres y sus hijas de mayor edad son quienes soportan el peso de la enfermedad y el hambre en la familia, acudiendo en busca de programas de ayuda alimentaria para salvar a sus niños; y, cuando no lo logran, se sienten culpables.

La repercusión en la salud y en los servicios médicos

La propia salud de las mujeres se pone en peligro por estar sumamente expuestas a las infecciones de transmisión sexual, al daño físico y psicológico que causa la violación y a la falta de atención de salud reproductiva. Quizás tengan que dar a luz sin ayuda médica o en condiciones de aflicción extrema, como en medio de una huida. El cuidado de los hijos y otros miembros de la familia que estén trastornados o enfermos es más difícil aun que de costumbre, y también tienen que atender a los heridos. A menudo, las mujeres tienen que llevar a cabo estas tareas cuando las clínicas han sido destruidas y saqueadas, los profesionales de la salud han desaparecido, hay una falta general de medicamentos y equipamiento, y los combates han hecho que la ayuda médica quede fuera de su alcance. En un informe de UNICEF de 1992 sobre la situación de las mujeres y los niños de Afganistán, se describía cómo “Unas cuantas mujeres de los barrios pobres se habían reunido en los techos y discutían acerca de la condición en que estaban las instalaciones para la atención de salud en la zona... Las mujeres estaban consternadas por sus problemas cotidianos de supervivencia y no podían hablar de ninguna otra cosa.”⁵⁷

Al ejercer su papel como proveedora y cuidadora, la mujer sufre una presión adicional que puede tener efectos negativos

sobre su salud. Hay pruebas suficientes de que las mujeres con frecuencia reducen su propio consumo de alimentos a fin de proteger la condición nutricional de otros miembros de la familia, como los hombres aptos para el trabajo o los hijos, dependiendo de las normas culturales.⁵⁸ En algunas zonas de conflicto o en las extremas condiciones de emergencia de los campamentos para desplazados, se pueden incluir en la dieta aquellos alimentos conocidos como “alimentos de hambruna”, que sólo se consumen en épocas de gran inseguridad alimentaria. Las “cosechas de hambruna”, como la yuca (también denominada tapioca, que se come en África Occidental y Central) tienen un contenido nutricional reducido y su preparación requiere más tiempo y trabajo para asegurar que su toxicidad no sea una amenaza para la salud de quienes ingieren el alimento.

A menudo, los doctores y el personal médico huyen en la medida en que sus condiciones de trabajo se hacen más peligrosas. En Bosnia y Herzegovina, el 40 por ciento de los médicos y el 30 por ciento de las enfermeras abandonaron el país durante la guerra. En Rwanda, más de la mitad de los trabajadores de la salud fueron asesinados durante el genocidio, las infraestructuras fueron destruidas y la capacidad administrativa quedó severamente limitada.⁵⁹ En Uganda, entre 1972 y 1985, la mitad de los doctores y el 80 por ciento de los farmacéuticos abandonaron el país.⁶⁰ En tales circunstancias, las mujeres se ven obligadas a inventar sus propios sistemas de atención de salud y aplicar cualquier tipo de remedios que conozcan. Quienes hayan tenido una mínima experiencia como parteras tradicionales son solicitadas en los campamentos de refugiados para ayudar en los partos, y muchas de ellas llegan a involucrarse en el intento de establecer servicios básicos de salud y otros de índole social, tales como centros de alimentación para niños, servicios de consulta psicológica y escuelas.⁶¹ Los expertos independientes del UNIFEM, al indagar sobre las consecuencias de la guerra en las mujeres, encontraron varias formas de riesgo adicional tanto para el estado de salud de la mujer como para su acceso a los servicios médicos.⁶²

Desplazamiento y exilio

Recibimos un documento oficial para refugiados. Se nos explicó nuestra condición, nuestros derechos y cómo conseguir ayuda. Fue en ese momento cuando me di cuenta de lo que había perdido. Había perdido mi tierra natal y mi personalidad.

Una mujer bosnia refugiada⁶³

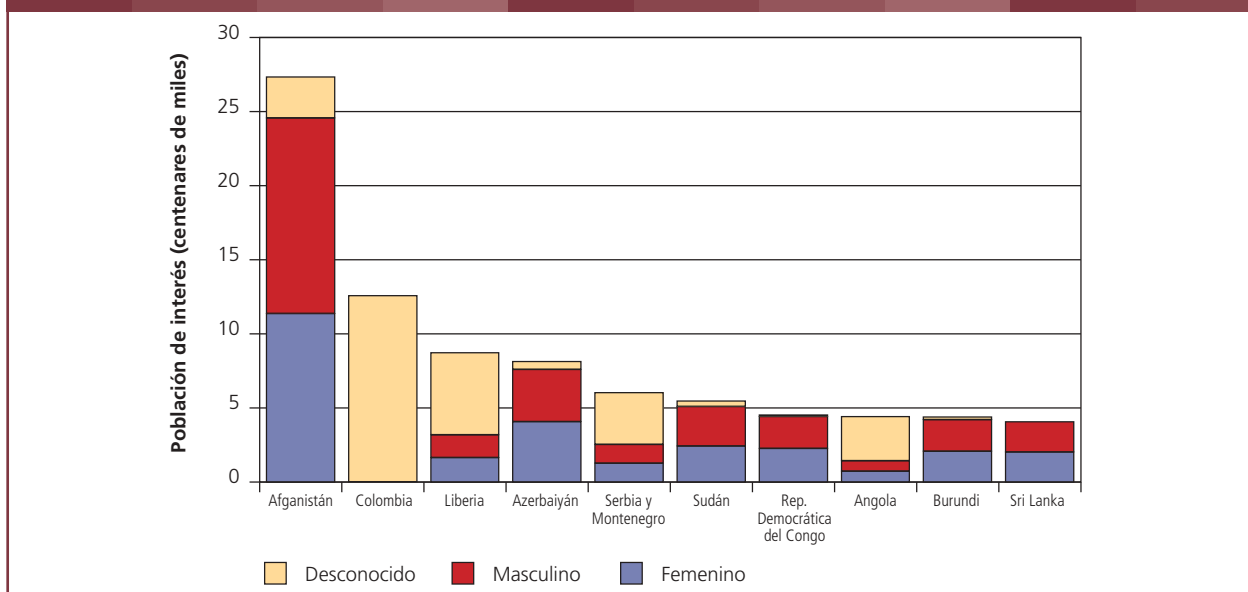
A menudo, los pueblos son obligados a trasladarse en masa cuando la violencia y la inseguridad aumentan demasiado. Estos traslados, tanto internos, dentro de las fronteras de un mismo país, como externos, cruzando las fronteras nacionales inicialmente hacia países vecinos, a menudo son devastadores para quienes forman parte de ellos y constituyen una presión enorme sobre los pueblos y las autoridades receptores. Quienes se trasladan dentro de sus propios países se consideran como “desplazados”; quienes abandonan su país y cruzan la frontera se consideran “refugiados”. En algunas regiones del mundo, notablemente en algunas partes del África subsahariana, donde las fronteras nacionales dividen a pueblos contiguos étnicamente homogéneos, estas designaciones son más burocráticas que reales. Comúnmente se indica la cifra del 80 por ciento como el porcentaje de las poblaciones desplazadas y refugiadas que corresponde a mujeres y niños; pero un análisis reciente muestra que los porcentajes de hombres y mujeres desplazados mayores de 18 años de edad son iguales aproximadamente.⁶⁴ Sin embargo, las mujeres representan una proporción más reducida de los solicitantes de asilo: muchos de estos son jóvenes varones que abandonan los campos de refugiados o su país de origen, dejando a las mujeres para que los sigan más tarde.

Según ACNUR, las cifras de quienes actualmente se consideran refugiados, aumentaron de 2,4 millones de personas en 1975 a 14,4 millones en 1995. Para finales de 2003, la población mundial de refugiados se había reducido a 9,7 millones de personas.⁶⁵ Sin embargo, el Comité para Refugiados de los Estados Unidos, que incluye en sus cálculos a los desplazados internamente, estimó que la cifra aumentó de 22 millones en 1980 a 38 millones en 1995, de los cuales cerca del 50 por ciento eran desplazados.⁶⁶ Una estimación de las tendencias permite sugerir

que el número de refugiados por conflicto casi se ha duplicado desde 1969, pasando de 287.000 por conflicto a 459.000 por conflicto en 1992. El incremento de las personas desplazadas internamente es más alto, pasando de 40.000 por conflicto en 1969 a 857.000 por conflicto en 1992.⁶⁷ ACNUR calcula que cerca de la mitad de los refugiados de todo el mundo son mujeres y que la proporción de éstas es mayor en los grupos de mayor edad.⁶⁸ (Véanse las gráficas 13.5 y 13.6).

Las estadísticas esconden la magnitud del sufrimiento humano padecido por la desintegración de la familia; la pérdida del hogar y las pertenencias; la muerte de los miembros más viejos y más jóvenes de la familia, incapaces de sobrevivir durante viajes largos y peligrosos; las vidas que constantemente se destruyen y se vuelven a rehacer. “En 1984 nos vimos obligados a huir. Yo misma no llevé nada conmigo, pensando que al día siguiente regresaríamos a la paz y la calma. Sin embargo, la huida duró meses y meses. En el campo, donde buscamos refugio, sufrimos horriblemente: sin casa, sin alimentos, y casi todos estaban enfermos. Los niños iban muriendo día a día,” informó una refugiada del Chad.⁶⁹ Por lo general, los desplazados y refugiados son alojados en campamentos, en condiciones de hacinamiento y antihigiénicas; los alimentos, el agua y la atención médica pueden ser sumamente escasos, y puede ser que ni la educación ni otros servicios estén disponibles. Sin embargo, en países extremadamente pobres, tales como Afganistán y Somalia, también puede darse el caso de que la vida en un campamento permita a las mujeres conocer por primera vez la medicina moderna y los servicios de salud reproductiva,⁷⁰ además de alfabetizarse y adquirir autonomía;⁷¹ por ello, la experiencia del desplazamiento tiene una doble lectura para la mujer.

El trauma por la pérdida, la ansiedad por el destino de las personas, la propiedad y la tierra que se dejan atrás, así como los efectos psicológicos por haber sido testigo de matanzas y destrucción, pueden tener un precio muy alto. La experiencia de un refugiado, con su inevitable dependencia y sentido de pérdida de autonomía personal, puede causar depresiones graves. Los campamentos de desplazados son también campos de cultivo de desafección y enojo. Proporcionan oportunidades de reclutamiento que los agentes de la violencia y grupos de terroristas aprovechan; también pueden conducir a tensiones y conflicto

Gráfica 13.5 Principales países de origen con la mayor población de interés para ACNUR, por sexo (finales de 2003)

Nota: La población de interés para ACNUR incluye las seis categorías siguientes: refugiados; solicitantes de asilo; refugiados repatriados; personas desplazadas internamente; personas desplazadas internamente repatriadas; otras personas de interés para ACNUR; refugiados/solicitantes de asilo; varios/desconocidos. La población total de interés de los principales países de origen no necesariamente representa su número total actual, porque la información correspondiente a algunos de los países de residencia no está disponible.

Fuente: ACNUR, en prensa.

con la población receptora. Cuando en los campamentos predominan las mujeres y los niños, como es común en la mayoría de los conflictos africanos, las mujeres también son susceptibles de ser atacadas por bandas de merodeadores externos, por el personal encargado de la seguridad o por los “comandantes” de los propios refugiados. Sus sufrimientos fueron objeto de atención internacional en 1993, cuando las organizaciones internacionales de derechos humanos y ACNUR dieron a conocer las atrocidades sexuales cometidas a escala inconcebible en los campamentos del norte de Kenya donde se habían acogido los refugiados somalíes.⁷² Actualmente se atiende con más seriedad a la necesidad de seguridad personal de las mujeres y las niñas en todos los campamentos de refugiados.

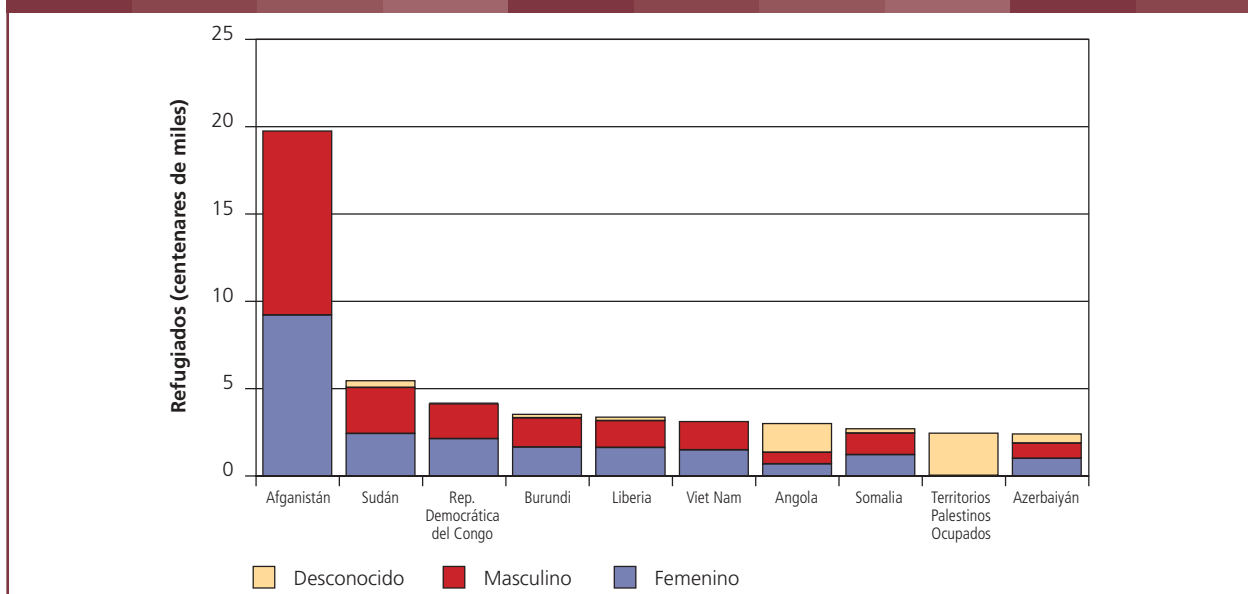
La falta de privacidad; las dificultades para controlar a los niños en las condiciones de los campamentos y mantener la salud de la familia; la falta de higiene y la inseguridad personal, exacerbaban las dificultades de las mujeres en su experiencia como refugiadas. En un estudio sobre las refugiadas somalíes se indicó

que hasta el 70 por ciento de las mujeres en edad reproductiva estaban anémicas, debido probablemente a la falta de hierro en la dieta o a la malaria, que agota la reserva de hierro del cuerpo humano.⁷³ Las epidemias de enfermedades diarreicas a causa de las deficientes condiciones sanitarias y el suministro inadecuado de agua también son comunes entre la población de los campamentos. Por ejemplo, entre los 500.000 rwandeses que huyeron a la República Democrática del Congo (entonces llamada Zaire) en 1994, casi 50.000 de ellos murieron en el primer mes por infecciones diarreicas. Los índices de mortalidad eran más altos en los niños menores de cinco años de edad y en las mujeres.⁷⁴

Proveedoras y trabajadoras

En los campamentos, rara vez el suministro de alimentos y otras necesidades básicas se lleva a cabo con regularidad o suficiencia, y puede ser que las mujeres necesiten complementarlo vendiendo objetos propiedad de la familia, con valor sentimental, o estableciendo algún tipo de pequeño comercio de artículos

Gráfica 13.6 Principales países de origen con el mayor número de refugiados, por sexo (finales de 2003)



Nota: La población total de interés de los principales países de origen no necesariamente representa su número total actual, porque la información correspondiente a algunos de los países de residencia no está disponible.

Fuente: ACNUR, en prensa.

menores. Las mujeres pueden también recoger combustibles o agua para vender a sus vecinos. Hay muchas situaciones en las que las autoridades locales (ya sean gobernantes legales o *de facto*), inhiben la movilidad y actividades de las mujeres o les niegan el acceso a las organizaciones internacionales que proporcionan ayuda. En 1998, por ejemplo, el Movimiento Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA) emprendió una campaña de violencia con la intención específica de provocar el desplazamiento de población civil del campo a las ciudades principales; una vez que hubo acorralado a más de un millón de aldeanos en las ciudades de Huambo, Kuito y Malange, UNITA les cortó el acceso a los alimentos.⁷⁵ La guerra de Angola duró 27 años y no terminó hasta la muerte del líder de UNITA, Jonas Savimbi, en febrero de 2002. La larga historia de la guerra estuvo intercalada con episodios de hambruna, penuria y desplazamiento de civiles, y en ella las mujeres fueron empujadas hasta el límite de sus capacidades al tratar de proveer a sus familias con lo necesario para su supervivencia.

Durante la ocupación soviética de Afganistán de 1979 a 1989, la insurgencia y la contrainsurgencia en el campo arruinaron la economía rural, lo cual, con la ayuda del flujo de ayuda humanitaria con motivaciones políticas, provocó la huida de millones de ciudadanos hacia los campamentos ubicados al otro lado de la frontera, en el Pakistán y el Irán. Entre 1979 y 1992, aproximadamente seis millones de personas (más de una quinta parte de la población), huyeron de sus lugares de origen para convertirse en refugiados o desplazados internos en los pueblos y ciudades afganos. Las transformaciones en el seno de la sociedad y la economía rural, tuvieron repercusiones contradictorias sobre el papel de la mujer, sobre las relaciones de género y sobre la afirmación del control patriarcal. Al igual que en otros ámbitos turbulentos, las comunidades que enviaban combatientes masculinos a la guerra agobiaron a las mujeres con nuevos tipos de obligaciones en el manejo cotidiano de sus hogares.⁷⁶

La ausencia de los hombres, que se van lejos para participar en los combates, hace que las mujeres hayan de actual

temporalmente como cabezas de familia, con la obligación de conseguir los alimentos como sea, aun cuando la posibilidad de cultivar la tierra, viajar o buscar algún tipo de trabajo remunerado sea incierta. En general, en el interior de los hogares y las comunidades se produce una transferencia de las obligaciones económicas y sociales, del hombre a la mujer, a pesar de los muchos contextos diferentes en que suceden los conflictos. En las zonas rurales las mujeres llegan a encargarse de la agricultura y la ganadería; en los poblados es más probable que se dediquen a algún tipo de negocio. Aun cuando se termine la guerra declarada y la situación se caracterice por ser meramente tensa e inestable, con violencia esporádica, como en Somalia meridional, la voluntad o capacidad de los hombres para proveer al hogar puede haberse agotado: “Ahora nosotros obedecemos a nuestras mujeres. Las mujeres venden tomates, maíz, etc., y las esposas son las que sostienen a los maridos. Ellas son las que se encargan de sacarnos adelante en estos tiempos difíciles... Así es como vivimos.” Un anciano del asediado pueblo costero de Brava describía así la vida a un investigador en el curso de un estudio realizado por ACORD (*Agency for Co-operation and Research in Development*).⁷⁷

En determinadas situaciones, la responsabilidad de proveer a la familia de lo necesario se hace extensiva también a las mujeres muy jóvenes: en Rwanda, después del genocidio, se calculó que unos 45.000 hogares estaban encabezados por menores, el 90 por ciento de los cuales eran niñas.⁷⁸ Para algunas mujeres, los cambios a los que se ven forzadas pueden ser considerados como una forma de liberación en relación con el antiguo orden social. Algunas de ellas encuentran trabajo en las ONG de los campamentos asistenciales o desarrollan sus propios grupos de autoayuda. En épocas de crisis social, frecuentemente se generan oportunidades para abrir un “espacio político” así como para reducir las divisiones sociales, y las guerras no constituyen ninguna excepción.⁷⁹ Muchas de las mujeres que están en los campamentos de refugiados o que participan en la diáspora suscitada por un conflicto, se han beneficiado con los programas de educación y por estar en contacto con el mundo más amplio. Ellas aportan al restablecimiento de la paz y la “vida normal” su deseo de promover más oportunidades de educación para las niñas, así como sus experiencias sobre la

manera independiente de obtener ingresos y adoptar otras opciones de vida, las cuales anteriormente eran impensables en su cultura de origen.

LA MUJER Y LA BÚSQUEDA DE LA PAZ

En el decenio pasado, se desarrolló un interés considerable entre los investigadores y las organizaciones que laboran en pro de la paz por el verdadero potencial del papel de la mujer en la terminación de un conflicto. El punto de vista convencional es que para las mujeres la guerra y la violencia son intrínsecamente aborrecibles y que la feminidad equivale de manera automática a una predisposición a la paz. Esta aseveración, puesta en entredicho por la crítica feminista reciente, parece ser demasiado simplista a la luz del papel activo de algunas mujeres en los conflictos o en el apoyo a la causa que da lugar al combate. Sin embargo, prevalece el punto de vista de que la mujer tiene una motivación más fuerte por la paz que el hombre (sea por razones biológicas o socialmente construidas), así como aptitudes especiales para la resolución de conflictos. En el Código de Conducta de 1998 de *International Alert* se especifica que: “Reconocemos explícitamente los papeles particulares y distintivos jugados por las mujeres como pacificadoras en las comunidades agobiadas por conflictos. A menudo las mujeres y las organizaciones de mujeres constituyen reservas de aptitudes locales importantes, que pueden ser aprovechadas en actividades relacionadas con la consolidación de la paz”.⁸⁰ Esta percepción ha conducido a una gama de actividades internacionales recientes para explorar y promover las iniciativas provenientes de la mujer para la consolidación de la paz.

Una interpretación del instinto “guerrero” mostrado por algunas mujeres es que se trata de un intento por reducir la violencia en lugar de incrementarla. Hay muchos ejemplos de mujeres que valientemente se oponen a la violencia, o se ponen ellas mismas como escudo ante un asalto armado. En los territorios palestinos, por ejemplo, a menudo las mujeres han hecho frente a los soldados israelíes en sus hogares y vecindarios, mostrando una valentía igual o aun superior a la de los hombres.⁸¹

En Somalia meridional, las mujeres han hecho demostraciones de protesta cultural pacífica a fin de impedir las hostilidades entre clanes antagónicos. Muchas de estas acciones espontáneas pueden ser consideradas como intentos de reducir la carnicería cotidiana o de protestar contra sus efectos en medio de la guerra, en vez de esfuerzos para hacer que las partes en pugna lleguen a algún acuerdo. Protestas como las de las Madres de Plaza de Mayo en la Argentina durante la crisis de los “desaparecidos”, a finales de los años 70 y principios de los 80, pueden iniciarse espontáneamente y luego continuar durante muchos años. Contribuyen a la idea de la mujer como agente de paz y a su papel de icono en el restablecimiento de un orden social sustentado en valores morales y de compasión.

Emprender acciones en medio de la guerra

Muchas de las actividades emprendidas por las mujeres en la culminación de una batalla consisten en tomar medidas para proporcionar ayuda a los demás en sus barrios o comunidades. En estos contextos, las mujeres pueden actuar dentro de algún grupo eclesástico o de creyentes, o como miembros de alguna organización voluntaria femenina ya existente. No obstante que puedan tener que enfrentarse a dificultades políticas y militares graves, teniendo que cruzar los frentes de batalla, resistir firmemente a los jefes militares que tratan de apoderarse de sus abastecimientos y comportarse como verdaderas estrategias en sus tácticas operativas, al igual que cualquier unidad de comandos, por lo general esos esfuerzos son calificados como “caritativos”, “humanitarios” o “sociales”, y se ignora su significado político.⁸²

La falta de reconocimiento de su significación no llega hasta los ámbitos donde hay intereses contrarios a los de las mujeres. Rajani Tirangana, de Sri Lanka, poetisa y escritora que en sus obras alegó convincentemente contra la violencia de los conflictos, fue miembro del grupo de mujeres que estableció el centro de la mujer *Poorani* en Jaffna, el baluarte tamil. *Poorani* proporcionó refugio a las mujeres víctimas de la guerra, incluyendo a las víctimas de violaciones y a sus hijos. En 1989, Rajani fue asesinada porque sus actividades eran una amenaza para los

perpetradores del conflicto.⁸³ El compromiso político implica riesgo y es una precondition de todas esas actividades. En Mogadishu, Somalia, entre 1991 y 1993, cuando la lucha indiscriminada dio como resultado una hambruna en muchas zonas del país, las mujeres activistas fueron amenazadas de igual manera. Ellas arriesgaban su vida organizando cocinas para repartir alimentos y eran blanco de los ataques de hombres armados. Al transportar alimentos en pequeñas cantidades a cerca de 1.000 localidades y cocinarlos inmediatamente, reduciendo así su valor como mercancías, ellas frustraban a los señores de la guerra que trataban de robarles sus provisiones. Este programa salvó más de un millón de vidas, pero la seguridad de su coordinadora se vio tan amenazada que tuvo que irse al exilio.⁸⁴

Otros grupos de mujeres se han reunido para ayudar a quienes sufren por agresión, violación o por la pérdida de algún ser querido, estableciendo líneas telefónicas de emergencia y centros o refugios donde pueden atender en grupo sus problemas comunes. En Bosnia y Herzegovina y en Croacia surgieron un gran número de organizaciones de este tipo a principios del decenio de 1990, sobre todo en respuesta al problema generalizado de las agresiones sexuales; después han continuado su actividad protegiendo a las mujeres que fueron víctimas de agresión y oponiéndose activamente a la guerra, la violencia y el extremismo nacionalista.⁸⁵ La línea divisoria entre ayuda humanitaria y protesta contra la guerra o el militarismo es sumamente tenue. En Rusia, la organización Madres de Soldados se ha manifestado en las calles, ha cabildeado con los funcionarios de las instituciones estatales y ha utilizado otros medios pacíficos para rescatar a los jóvenes del ejército ruso antes de que fueran socializados en una cultura de la violencia.⁸⁶ Entre las ONG compuestas por mujeres afganas en el exilio, urbanas e instruidas, estaba la controvertida Asociación Revolucionaria de Mujeres de Afganistán (RAWA, por sus siglas en inglés), fundada en 1977. La RAWA se involucró en hacer campaña y promoción política, junto con ayuda humanitaria para mujeres y niños.⁸⁷

El hecho de que las mujeres establezcan ONG desde la base, con labores que abarquen actividades humanitarias, sociales y educativas en medio de la lucha armada, junto con la promoción de la paz, es muy importante para que sean consideradas como actrices de la sociedad civil, con los efectos que ello pueda

tener ulteriormente al reclamar una participación amplia en la sociedad una vez finalizado el conflicto. Cuando las mujeres afectadas por la guerra de Afganistán, la antigua Yugoslavia, Somalia, Colombia, Sri Lanka o cualquier otro país se han juntado con otras mujeres afectadas de manera semejante y han adoptado ese tipo de papel protagónico, todas ellas han desarrollado una fortaleza y una aptitud inesperadas para fijar metas y emprender la acción necesaria para alcanzarlas, sin ningún tipo de guía ni control masculino.

Iniciativas informales de las mujeres en pro de la paz

De la acción de base comunitaria en nombre de los afectados por la guerra, a la participación en acciones para terminar la guerra misma, sólo se requiere un pequeño paso conceptual. Un estudio reciente sobre las iniciativas individuales y colectivas en favor de la paz en Sri Lanka, muestra cómo, desde principios de los años 70, las mujeres han rechazado la división étnica que fue causa de la guerra civil y se han esforzado a fin de crear las condiciones adecuadas para el ejercicio pacífico de la democracia y la protección de los derechos humanos.⁸⁸ Hay muchos ejemplos de los esfuerzos realizados por las mujeres en sociedades que han estado por mucho tiempo en estado de tensión coincidiendo en parte con la guerra, para generar ideas de coexistencia pacífica a través de las divisiones religiosas y culturales, y llevar a cabo acciones positivas en apoyo de esa propuesta. Ese tipo de movimiento de base comunitaria existe en Palestina, Indonesia, la antigua Yugoslavia, Mozambique, Israel y otros escenarios. En varios informes de las Naciones Unidas se ha reconocido la importancia de estas iniciativas y se ha subrayado también la aportación de las mujeres a la paz como educadoras en el seno de sus familias y sociedades.⁸⁹

Al expresar su preocupación por el conflicto armado, las mujeres que actúan en pro de la paz pueden encontrar menos dificultades que los hombres. Esto no significa subestimar ni la valentía ni el entendimiento estratégico y político que se requieren para llevar a cabo tales actividades: las manifestaciones callejeras por la paz o el obstruccionismo no violento están

lejos de ser expresiones de ingenuidad. En mayo del año 2000, una manifestación pública de las mujeres de Sierra Leona en mayo del 2000 preparó el escenario para una marcha de parlamentarios y organizaciones de la sociedad civil que se realizó unos cuantos días después. Sin la demostración que hicieron las mujeres de que era posible una acción pacífica contra el conflicto, la segunda manifestación probablemente habría suscitado una reacción violenta.⁹⁰

Otro ejemplo poco conocido es el de la *Naga Mother's Association* (NMA), la asociación de madres de Naga, uno de los estados del nordeste de la India y sede de un movimiento insurgente de larga trayectoria. Establecida en 1984, el núcleo inicial de la NMA se ocupaba en labores de desarrollo. Gradualmente el grupo fue interviniendo en el conflicto. Adoptando una estrategia de doble vertiente, las miembros de la NMA empezaron primero caminando muchas millas hasta Myanmar, donde estaban los líderes de una de sus facciones, para tratar de persuadirlos de que iniciaran las conversaciones de paz. Luego empezaron una campaña denominada “Que no se derrame más sangre”, en la cual, como madres de los combatientes y de los mártires, apelaban a las fuerzas de seguridad de la India y a los militantes a poner fin a la rivalidad y el derramamiento de sangre, tanto entre las facciones militantes como con el ejército.⁹¹ Subsecuentemente, las mujeres han seguido presionando por la paz y por la negociación entre las distintas facciones naga a fin de generar un entorno adecuado para llegar a un acuerdo.

Recientemente, la notoriedad de las mujeres en ese tipo de iniciativas ha adquirido más prominencia. Un ejemplo de ello es el de la red internacional de las Mujeres de Negro (WIB, en sus siglas in inglés), con representación en más de 12 países. Al grupo serbio de esta organización se le acreditó un papel en el derrocamiento del régimen del Presidente Slobodan Milosevic. Las miembros de Mujeres de Negro se manifestaron en el exterior de las oficinas gubernamentales durante años, clamando en pro de la paz y denunciando las aventuras militaristas del Gobierno. Estas mujeres fueron apedreadas, golpeadas y arrestadas, y el régimen hizo todos los esfuerzos posibles para dejar al grupo aislado y sin apoyos. Como miembros de una red internacional, la estrategia de estas mujeres fue crear redes de solidaridad “combinando feminismo y antimilitarismo”.⁹²

En los últimos años, Colombia ha sido escenario de la fundación de un Movimiento Nacional de Mujeres contra la Guerra. Los expertos independientes que recaban pruebas para UNIFEM sobre la participación de la mujer en la guerra describen cómo, en Medellín, 20.000 mujeres participaron en una marcha por la paz cuyo lema principal era: “No pariremos más hijos para enviarlos a la guerra”. Entre los ejemplos de iniciativas internacionales emprendidas por mujeres en búsqueda de la paz, se incluye el de la Red de Paz de Mujeres de la Unión del Río Mano, en la cual participan miembros de Guinea, Liberia y Sierra Leona. A la Red se le atribuye un papel decisivo en la resolución del conflicto en Sierra Leona y para ayudar a iniciar las negociaciones entre los países del Río Mano. Sus propios orígenes provienen de la membresía de una de sus activistas clave en el Foro de Mujeres a nivel nacional en Sierra Leona en 1991, antes de que empezara la guerra. El Foro de Mujeres tenía ya una voz, además de contactos poderosos a nivel nacional, y logró alcance regional e internacional.

La mujer y las negociaciones formales de paz

Los procesos en torno a la búsqueda de la paz varían de acuerdo con las circunstancias de la guerra, y estas circunstancias pueden ser propicias en mayor o menor medida al involucramiento de las mujeres. Algunas guerras son relativamente cortas y consisten en una campaña militar que termina con la victoria de una de las partes sobre la otra (por ejemplo, la invasión de Uganda por parte de Tanzania en 1979); en tal caso, por lo general la parte victoriosa es la que dicta los términos de paz. En otros casos, una insurgencia de larga o corta duración o insurgencias múltiples dentro de un país pueden dar como resultado algún tipo de intervención externa, y las partes beligerantes pueden ser convocadas a la mesa de negociaciones por la presión de poderes nacionales más grandes o de la comunidad internacional (por ejemplo, Camboya en 1967-1991, Kosovo en 1999 y Somalia en 1991-2004). La creación de un nuevo Estado por parte de un subgrupo nacional o étnico que busca la independencia constituye una variante más (por ejemplo, Bangladesh

en 1971 y Eritrea en 2000), y aquí el acuerdo implica el establecimiento de todo un nuevo conjunto de instituciones gubernamentales. En otro tipo de situación, un período largo de resistencia armada ayudó a algunos países a “liberarse” de regímenes represivos o coloniales (por ejemplo, Viet Nam, Nicaragua, Namibia y Sudáfrica); de manera semejante, el establecimiento de un nuevo gobierno implica una transición o transformación de estructuras.⁹³

Cuando las mujeres han participado en una lucha de liberación como combatientes o como partidarias activas, puede ser más fácil para ellas exigir un lugar en la mesa de negociaciones.⁹⁴ La creación de un Estado nuevo o el surgimiento de un nuevo Estado liberal y democrático, como en Sudáfrica y Namibia, también ofrece oportunidades a las organizaciones de mujeres que hayan estado activas en la lucha anterior para exigir un papel en las negociaciones sobre disposiciones constitucionales y estructuras gubernamentales nuevas. A menudo las mujeres son conscientes de que si no logran obtener un lugar en las negociaciones y ayudan a forjar el nuevo marco de referencia para la gestión de gobierno, todo el trastorno causado por la guerra, las tribulaciones, pérdidas y angustias soportadas en nombre de la lucha por una “sociedad mejor”, pueden dejarlas en las mismas posiciones de desventaja que ocupaban antes de la guerra o en condiciones aún peores (véase el capítulo siguiente).

Así, el deseo de las mujeres de sentarse a la mesa de las negociaciones de paz está motivado por muchas consideraciones, entre las cuales está la determinación de crear mejores circunstancias de bienestar y no simplemente contemplar cómo se van distribuyendo en las dependencias gubernamentales el poder, el patronazgo y los recursos presupuestarios. A menudo las mujeres esperan ansiosas que se atiendan los problemas socioeconómicos que surgen de la guerra (véase la casilla 13.4). Algunas críticas feministas de los procesos normales de restauración de la paz han señalado que, a menos que las causas subyacentes del conflicto, incluyendo la brutal pobreza e inequidad, sean atendidas en el curso de la solución que se aplique, la paz no será duradera ni tendrá en consideración las “cuestiones de género”.⁹⁵ Desde esta perspectiva, definitivamente los esfuerzos para asegurar los acuerdos de paz o para resolver definitivamente

Casilla 13.4 El fin del conflicto en Camboya

Las mujeres constituyen casi las dos terceras partes de la población de Camboya y encabezan una tercera parte del total de los hogares. Con la quiebra de las antiguas estructuras y relaciones sociales como resultado de largos años de guerra, genocidio e insurrecciones, la antigua pauta de ayuda mutua e interacción comunitaria que alguna vez caracterizó a la sociedad camboyana cedió el lugar a las relaciones individualizadas y monetarizadas.

Numerosas mujeres y niños han sido obligados a formar parte de la industria del “descanso y diversión”, y se les han impuesto cargas cada vez más pesadas a los repatriados (los refugiados se calculan en 370.000), entre los cuales hay muchas mujeres, sobre todo viudas. Una encuesta de 1995 sobre la reintegración de esta población mostró que hasta el 40 por ciento de ella no lograba sostenerse económicamente.

La presión sobre la tierra agrícola, especialmente donde está minada, afecta el bienestar en una sociedad que sigue siendo primordialmente agricultora, y perjudica en particular a aquellas mujeres que se encargan de sus hogares por sí solas. La Autoridad Provisional de las Naciones Unidas en Camboya (APRONUC) advirtió que a nivel de aldea surgieron muchas disputas sobre la propiedad de la tierra. La quiebra de los sistemas tradicionales de resolución de conflictos significó también que, con el restablecimiento de la paz, las mujeres y los niños padecieron los niveles más elevados de violencia.⁹⁶

En esas circunstancias, un acuerdo de paz en el que no se tomen en cuenta las penalidades que afectan a las mujeres no podrá abordar las circunstancias subyacentes que fomentan la inseguridad y la insurrección violenta.

Fuente: Curtis 1998.

los conflictos no pueden permitirse concebir las consideraciones de género como algo periférico a la búsqueda de la paz, tal y como todavía tiende a ser el caso. Cuando se acuerda una situación de paz sin tomar en consideración las “cuestiones de género”, puede que se trate de una paz en la cual haya terminado el conflicto violento y amplio relacionado con la guerra; pero es probable que sea una paz en la cual la violencia social (contra las mujeres), la violencia estructural (contra las minorías u otros grupos seriamente discriminados), y las violaciones flagrantes de los derechos humanos continúen sucediendo.

La mesa de negociación de la paz

Recientemente, y a nivel internacional, se ha dado atención significativa a las dificultades a las que se enfrenta la mujer al tratar de obtener efectivamente un lugar en la mesa de negociaciones. Sobre la exclusión de las mujeres en las conversaciones de paz posteriores al acuerdo de Oslo entre Israel y la OLP, una comentarista femenina escribió:

“Cuán irónico fue que los generales israelíes de alto rango, quienes pasaron una gran parte de su vida haciendo la guerra,

se hayan convertido ahora en los voceros de la paz con máxima autoridad, mientras que las perspectivas y experiencias de las mujeres activistas en pro de la paz se consideran triviales”.⁹⁷

No hubo mujeres en las conversaciones de paz de Dayton con las que se dio término a la guerra en Bosnia y Herzegovina; los ejemplos son demasiados para seguir mencionándolos. Cualquiera que sea la credibilidad de las mujeres que militan en las organizaciones de base y son miembros de comunidades tradicionales, así como la de sus papeles como proveedoras de asistencia, son marginadas ante la mesa de negociación de la paz. Su falta relativa de educación y experiencia a los niveles superiores de la vida pública hacen más difícil que logren hacer oír su voz.

Sin embargo, varias organizaciones internacionales tratan ahora de proporcionar a las mujeres un foro en el cual ellas puedan fortalecer su posición de modo que les permita participar en las delegaciones de negociación de la paz. En el caso del conflicto somalí, en las negociaciones en marcha entre los clanes en guerra, las cuales ya se han intentado en diferentes lugares en los últimos 10 años, se ha admitido la participación de una delegación representativa de las mujeres, aun cuando su papel

haya sido restringido a la categoría de observadora. En Irlanda del Norte, el ex senador de los Estados Unidos de América George Mitchell atribuyó a las mujeres una aportación importante a las negociaciones de paz. “Las dos mujeres que lograron participar en la mesa al principio tuvieron que pasar momentos difíciles. Algunos de los políticos masculinos las trataron con bastante descortesía... [Pero] gracias a su perseverancia y talento, al final del proceso se las consideró como participantes valiosas.”⁹⁸

En los acuerdos de transición posteriores a la guerra y en las administraciones interinas, como las que se establecieron en el Afganistán y en el Iraq, ha habido muestras importantes de interés por incluir a las mujeres. En el Acuerdo de Bonn de 2001, con el cual se dio fin a la guerra de Afganistán, se planteó un compromiso claro de incorporar la perspectiva de género y rectificar las injusticias del pasado; y después de las conversaciones de Kabul en 2002, se estableció un Ministerio de Asuntos de la Mujer y un Grupo Asesor sobre Cuestiones de Género. Varias organizaciones internacionales han ofrecido formación para las mujeres a fin de que puedan adquirir las habilidades de liderazgo y negociación que se requieren para participar efectivamente en las actividades de mantenimiento de la paz y en las instituciones gubernamentales interinas. Todos esos esfuerzos ayudan a evitar que en cuanto prevalezca la paz las mujeres sean relegadas, junto con los asuntos que ellas consideran más importantes. Sin embargo, también es cierto que las formas efectivas de incluir a la mujer están todavía en sus inicios allí donde las divisiones sociales son muy marcadas y no hay una única “voz de mujer”.

En algunas operaciones internacionales de mantenimiento de la paz ha habido un reconocimiento semejante en el sentido de que los asuntos de género deberían ser atendidos. El “entorno de mantenimiento de la paz” no es en todos los casos favorable a las mujeres, ya que después de un conflicto, ellas se enfrentan continuamente a niveles de violencia que algunas veces hasta son más enconados; y en algunas ocasiones son seducidas por la necesidad de participar en las industrias florecientes de “descanso y diversión”, incluidas la prostitución y la trata de personas. En Timor Oriental, el Representante del Secretario General de las Naciones Unidas inicialmente se oponía a la creación de una unidad de asuntos de género en la

Administración de Transición de las Naciones Unidas, pero más tarde reconoció que se había equivocado. En la primera reglamentación aprobada por la Administración de Transición se garantizó que los instrumentos de derechos humanos, incluida la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW, en sus siglas en inglés), serían la base de todas las nuevas instituciones de gobierno. Desde entonces las mujeres participaron en las negociaciones en torno al establecimiento de instituciones nuevas de gestión democrática de gobierno. La unidad de asuntos de género trabajó con las mujeres en todo Timor Oriental para hacer realidad la aceptación de un régimen de derechos humanos. El resultado fue que las elecciones subsiguientes para la Asamblea Constituyente generaron un número relativamente alto de mujeres representantes.⁹⁹

La atmósfera internacional

En años recientes las organizaciones y los donantes internacionales han reconocido cada vez más el impacto de las situaciones de conflicto en las mujeres y la necesidad de tomar en cuenta sus necesidades específicas en el período de transición hacia la paz. Se han establecido dos programas específicamente para promover la aportación de la mujer a la paz: el de mujeres constructoras de paz (WPP, *Women Peacemakers Programme*), emprendido en 1998 por el Movimiento Internacional de la Reconciliación (IFOR, en sus siglas en inglés); y la Campaña de Género emprendida por *International Alert* en 1999. La Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, en sus siglas en inglés) ha llevado a cabo una investigación de dos años sobre la problemática de género en las sociedades con posterioridad a un conflicto armado (Bosnia y Herzegovina, Camboya, El Salvador, Georgia, Guatemala y Rwanda).¹⁰⁰ El Banco Asiático de Desarrollo (ADB) ha realizado seminarios internos sobre género y reconstrucción posconflicto, en los cuales ha analizado la manera como se puede tomar en cuenta la opinión de las mujeres en la negociación de la paz, así como en la asignación de recursos y en la vigilancia de la seguridad humana en las situaciones posteriores al conflicto.

Así, es justo decir que, desde la Conferencia de Beijing, la comunidad internacional se ha hecho más consciente de la necesidad de comprometerse con la mujer y atender sus problemas específicos en las situaciones de conflicto, así como de consultarlas durante la fase de transición, cuando el conflicto termina y se inicia la paz. De manera semejante, se ha avanzado considerablemente en el desarrollo del derecho internacional humanitario. Se ha hecho mucho para corregir la impunidad histórica de que gozaron los perpetradores de violencia sexual contra las mujeres durante la guerra, y para reconocer las necesidades especiales de protección de las mujeres y las niñas durante un conflicto, así como en las situaciones de transición, cuando se pasa del estado de guerra al de paz. Estos avances se lograron gracias a la divulgación internacional de las violaciones masivas de mujeres en Bosnia y de los sufrimientos de las mujeres rwandesas durante el genocidio perpetrado en su país, tragedias que se considera tuvieron un efecto catalítico en el avance de la justicia internacional en materia de género.¹⁰¹ Pero el nuevo respeto otorgado a la mujer en disposiciones históricas del derecho internacional fue también una respuesta a los esfuerzos prolongados de las mujeres activistas para lograr que se reconociera la legitimidad de su causa.

El primer pilar histórico de dicha acción se cimentó en enero de 1992, cuando la CEDAW adoptó y agregó a sus estipulaciones existentes la Recomendación 19, en la cual se declara que la violencia contra las mujeres es una forma de discriminación. En 1993, en la Declaración y Programa de Acción de la Conferencia Mundial de Derechos Humanos celebrada en Viena, se insistió en que los derechos de la mujer son “una parte inalienable e indivisible de los derechos humanos”, y se hizo un llamado a terminar con todas las formas de violencia contra las mujeres. Poco después, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer (DEVAW, en sus siglas en inglés) y, en 1994, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH) nombró una Relatora Especial sobre violencia contra las mujeres. Estas acciones fueron precursoras del énfasis dado en la Plataforma de Acción de Beijing a la necesidad de reducir la violencia contra las mujeres, especialmente durante la guerra, y lograr la

aplicación de instrumentos legales de derechos humanos para adoptar medidas concretas contra los perpetradores de violaciones. La aprobación de la Resolución 1325 por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en el año 2000, en la que se exhorta a los Estados Miembros a garantizar una representación creciente de las mujeres en los mecanismos de toma de decisiones para la resolución de conflictos, es el punto culminante de los muchos avances logrados con posterioridad a Beijing. Estos se examinan en el capítulo 14.

La aplicación de instrumentos internacionales para resolver problemas de injusticia por razón de sexo en casos concretos nunca puede constituir una corrección adecuada en situaciones donde la desigualdad de género es una norma prevaleciente. Esto no significa que no valga la pena tratar de lograr cambios en el derecho internacional: por el contrario, estos ayudan a legitimar los nuevos marcos de referencia normativos, y pueden ser utilizados para abogar por el cambio legal y social. Sin embargo, sus limitaciones son reales. El llamado a defender los derechos humanos internacionales de las mujeres y de todas aquellas personas que se enfrentan a violaciones brutales es menos eficaz en las situaciones de conflicto, cuando el imperio de la ley se ha roto y la inseguridad es máxima. Pero una vez que la paz empieza a afianzarse seriamente, el hecho de que se haya reconocido la necesidad de escuchar a las mujeres a fin de que se genere una paz real y verdadera, debe rendir dividendos en años venideros. Sin embargo, nada de esto debe considerarse como un hecho consumado mientras en tantos lugares del mundo persistan los conflictos armados y la “guerra contra el terrorismo”.

Notas

- 1 SIPRI 2004:resumen del capítulo tres.
- 2 Kandiyoti 2004:2, citando a Donini et al. 2004.
- 3 Nordstrom 1992:271, citado en Turshen y Twagiramariya 1998.
- 4 Afshar 2003:149.
- 5 Murray et al. 2002:346.
- 6 Turshen y Twagiramariya 1998; Kaldor 1999.
- 7 Butalia 2004.
- 8 Afshar 2003:178-9.
- 9 Small Arms Survey 2004.
- 10 Small Arms Survey 2004.
- 11 Jadwa 2003.
- 12 Secretaría General de las Naciones Unidas 2002:26.
- 13 Kaldor 1999.
- 14 Mamdani 2001.
- 15 Gardner y El Bushra 2004:162.
- 16 Rehn y Sirleaf 2002:10.
- 17 Rehn y Sirleaf 2002:11.
- 18 Murray et al. 2002:346, con datos de la OMS.
- 19 Mkandawire 2002.
- 20 Amnistía Internacional 2004:14.
- 21 Murray et al. 2002.
- 22 Legros y Brown 2001.
- 23 Rehn y Sirleaf 2002:33.
- 24 Sørensen 1998:38.
- 25 Secretaría General de las Naciones Unidas 2002:23.
- 26 Butalia 2002.
- 27 Rajasingham-Senanayake 2001:122.
- 28 Amnistía Internacional 2004:1.
- 29 Butalia 2004.
- 30 Krug et al. 2002:156.
- 31 Pankhurst 2003:159.
- 32 Gardner y El Bushra 2004:70.
- 33 Krug et al., 2002:156.
- 34 IWRC 2003; Harding 2004.
- 35 *Physicians for Human Rights* 2002:44-51.
- 36 Ward 2002.
- 37 Kandiyoti 2004.
- 38 Centro de Investigaciones Innocenti del UNICEF 2001.
- 39 *World Vision International* 1996:14.
- 40 *Minority Rights Group International* 1997:26.
- 41 ONU 2000b:158.
- 42 Amnistía Internacional 1997.
- 43 ONUSIDA 1998, citado en Rehn y Sirleaf 2002:53.
- 44 Rehn y Sirleaf 2002:50.
- 45 Rehn y Sirleaf 2002:52.
- 46 UNRISD 1993:24.
- 47 Coomaraswamy 1998.
- 48 Williams y Masika 2002, citado en Rehn y Sirleaf 2002:12.
- 49 OIM 2001, citado en Rehn y Sirleaf 2002:12.
- 50 OIM 2001, citado en Rehn y Sirleaf 2002:12.
- 51 Afshar 2003:179.
- 52 McKay y Mazurana 2004.
- 53 Luciak 2004.
- 54 Luciak 2004; Ertürk 2004.
- 55 Gautam et al. 2001.
- 56 Amnistía Internacional 2004:24.
- 57 Citado en Sørensen 1998:33.
- 58 UNIFEM 2004a:25.
- 59 OAU 2000:176.
- 60 Krug et al. 2002.
- 61 Sørensen 1998:33.
- 62 Rehn y Sirleaf 2002.
- 63 Citado en Bennett et al. 1995:14.
- 64 ACNUR, citado en Naciones Unidas 2000b:162.
- 65 ACNUR 2004.
- 66 Kaldor 1999.
- 67 Weiner 1996, citado en Kaldor 1999.
- 68 ACNUR 2004.
- 69 Watson 1996:49.
- 70 Kandiyoti 2004; Gardner y El Bushra 2004.
- 71 El Bushra 2003:259; Holt 2003:229.
- 72 Gardner y El Bushra 2004:70.
- 73 Centros para Control de Enfermedades 1992:16.
- 74 *Lancet* 1995, citado en Rehn y Sirleaf 2002:35.
- 75 *Save the Children* 2000:45.
- 76 Kandiyoti 2004:9-10.

- 77 Citado en El Bushra 2004.
- 78 Secretaría General de las Naciones Unidas 2000, párrafo 35.
- 79 Pankhurst 2003:159.
- 80 *International Alert* 1998:6, citado en Pankhurst 2003.
- 81 Afshar 2003:181.
- 82 Sørensen 1998:6.
- 83 Samuel 2004.
- 84 Gardner y El Bushra 2004:179.
- 85 *Center for Women War Victims* 2003.
- 86 Sørensen 1998:7.
- 87 Kandiyoti 2004:10.
- 88 Samuel 2004.
- 89 Rehn y Sirleaf 2002.
- 90 Rehn y Sirleaf 2002.
- 91 Banerjee 2001.
- 92 Rehn y Sirleaf 2002; *Women in Black* 2004.
- 93 UNRISD 1993.
- 94 Corrin 2003; Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas 2003, 2004.
- 95 Pankhurst 2003:156-57.
- 96 Curtis 1998.
- 97 Sharoni 1995, citado en Sørensen 1998.
- 98 Rehn y Sirleaf 2002:79.
- 99 Rehn y Sirleaf 2002:61.
- 100 USAID Office of Women in Development 2000.
- 101 Walsh 2004.